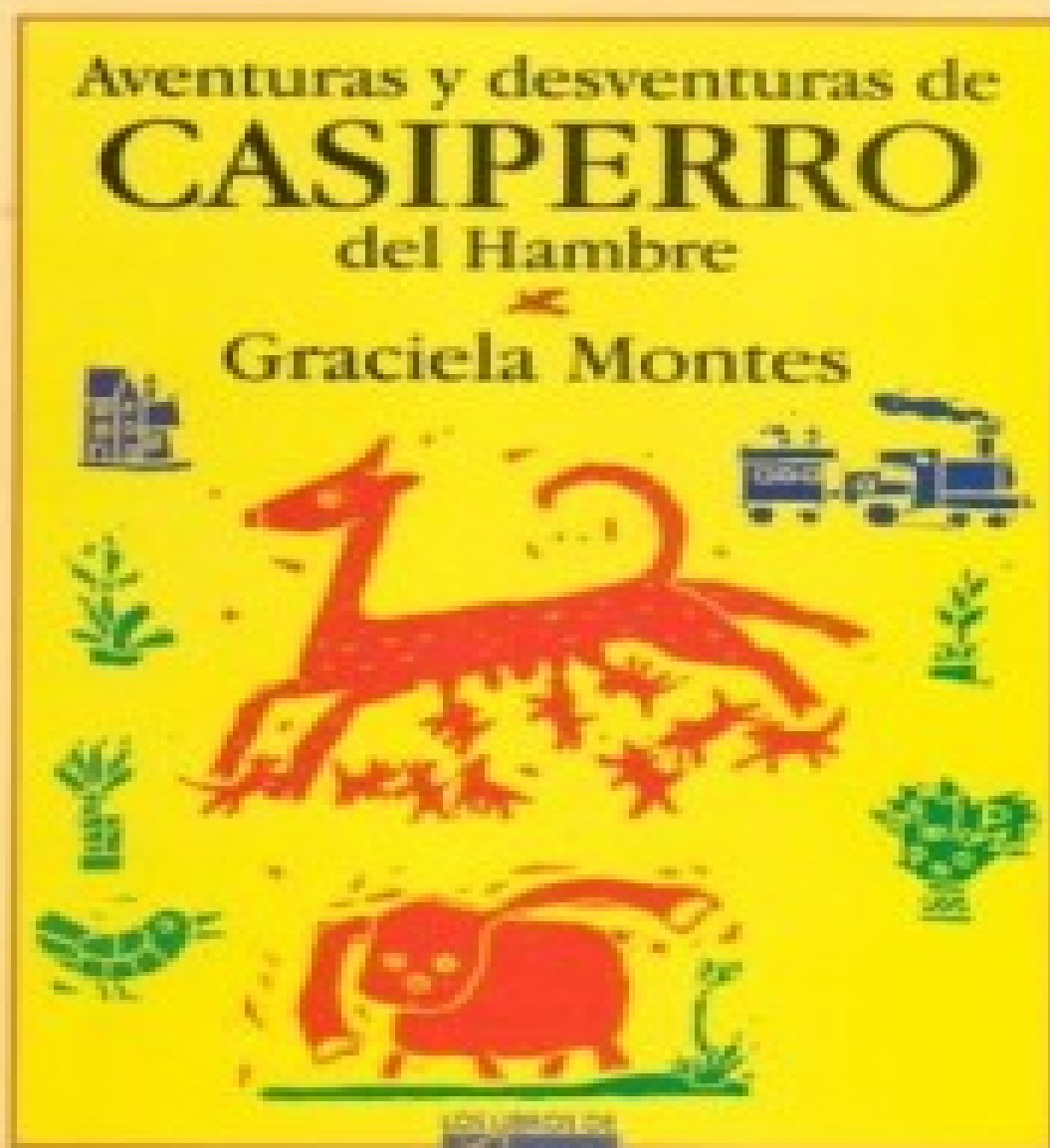


AVENTURAS Y
DESVENTURAS DE
CASIPERRO DEL HAMBRE.

GRACIELA MONTES.



EDICIONES COLECCIÓN

CAPÍTULO I.

Donde explico el comienzo de todo y reflexiono acerca de un gran sentimiento: el hambre.

Si mi madre hubiese tenido dos tetas mas, mis desdichas (y también mis dichas, en fin, mis **aventuras**) no habrían siquiera comenzado. Y digo dos, aunque una sola habría bastado, porque he notado que las tetas siempre vienen de a pares. De a dos, o de a cuatro, o de a seis... o de a diez, como en el caso de mi madre. Nosotros fuimos once hermanos para diez tetas, y ahí estuvo el problema. Y yo, para colmo, que nací con hambre. Un hambre que ni se imaginan, unas ganas de tragarme el mundo que ni les **cuento**. Muchas veces, cuando estoy tirado al sol rascándome la oreja, se me da por pensar en mi hambre, en por qué será que siempre ando con hambre. No se si será un defecto mío, que yo nací para siempre hambriento, o si será más bien que nunca tuve bastante comida.

Y todo empezó con la teta, o mejor dicho, con la NO teta, con la teta que no estaba cuando yo, recién salido de la panza de mi madre (donde para ser sincero, había estado bastante apretujado y con la pata de mi hermana, la **Manchas**, siempre metida adentro de mi oreja), muerto de hambre y de soledad y de frío, con los ojos todavía cerrados, sin haber visto nada del mundo, perdido y a tientas, empecé a buscar. Y al buscar encontré. Encontré el lado de afuera de la panza, que no era tan blando ni tan tibio como el lado de adentro, pero que de todos modos resultaba atractivo y bastante interesante.

Y, habiendo encontrado, empujé: me abrí sitio lo mejor que pude entre esa muchedumbre de hermanos que acababa de hacer el mismo descubrimiento que yo. Y por fin llegué. Y me ubiqué. Y abrí la boca confiado... Pero no. No y no. Para mi gran desolación ya no quedaban mas tetas.

Mis hermanos y hermanas chupaban chochos d contentos, y mi madre de a ratos se quedaba echada descansando, de a ratos levantaba la cabeza, los olisqueaba y les daba unos lengüetazos largos y jugosos. la pobre no sabia contar, se ve, porque insistía en empujarme a mi también contra el montón de hijos que tenía abajo, sin darse cuenta de que yo era el número once y que, por lo tanto le sobraba un hijo o le faltaba una teta, que mas o menos viene a ser lo mismo. A mi me daba no se qué contradecirla, y me quedé nomás amontonado con los demás, en parte porque al menos ligaba algún que otro lengüetazo, que no es lo mismo que la leche pero que sus alegrías tiene, y en parte porque noté que si me quedaba cerca del **Tigre**, algo podía llegar a atrapar.

El **Tigre** es mi hermano mayor, no mayor de edad porque nacimos todos el mismo día, pero mayor en todos los demás sentidos: patas, hocico, peso, cola, pelos, colmillos, fuerza... El **Tigre** nunca se iba a quedar sin teta, eso era seguro. Y ahí me di cuenta de que lo mejor que podía hacer era asociarme. De manera que me abrí camino como pude, me trepé con encima del **Colita**, corrí al Bigotes, que ya se había quedado dormido con la teta en la boca, y me ubiqué bien cerca del **Tigre**.

El **Tigre** sí que estaba despierto, y chupaba

con tanta fuerza y con tanto ruido que salían de mi madre chorros de leche tibia, tan gruesos y caudalosos que la boca no le daba abasto para tragarlos. Los dulces restos se le escurrían por el morro. Y ahí estaba yo, al lado de él, lamiéndole los pelos del morro, tratando de recoger esa delicia que él desperdiciaba, por nadar en la abundancia.

Me fui alimentando de esa manera esforzada durante varios días. A la semana seguía teniendo yo unas patas frágiles y quebradizas, que apenas me sostenían el paso, pero mi ingenio, en cambio, se había robustecido mucho a fuerza de hambre, y me indicó la manera de llegar antes que nadie a las tetas colmadas de mi madre. Era un método sencillo e infalible: bastaba con que me dedicase a vigilarlas de cerca todo el tiempo.

Mis hermanos habían crecido mucho, estaban cada día mas audaces, se alejaban, atacaban hojas secas, perseguían pajaritos y jugaban a la guerra. Pero yo tenía algo más importante que hacer: cumplir con mi hambre.

De modo que, mientras ellos se distraían por ahí, husmeaban, escarbaban, recibían picotazos y sufrían graves accidentes tratando de perseguir comadrejas, yo me dedicaba esmeradamente a observar las tetas de mi madre.

No les quitaba los ojos de encima. Y en cuanto veía que ya no le colgaban vacías y lacias sino que poco a poco empezaban a inflarse y curvarse hasta quedar por fin gordas como gotas reventonas debajo de la panza, salía disparado como bala hacia el sitio de la felicidad y ahí me prendía, sin esperar siquiera que ella se echara. A veces caminaba la pobre muchos meros conmigo ahí colgado, algo incómodo tal vez, pero contento, dueño de toda la felicidad del mundo.

El éxtasis era breve, eso sí, porque no había yo tragado seis o siete chorros de leche cuando ya venían todos los demás en patota, dejando atrás las hojas, guerras y comadrejas, atraídos seguramente por ese olorcito inconfundible que nos hacía tambalear el alma. Se echaba entonces mi madre y el montón de hijos se le venía encima. Yo quedaba debajo, en el fondo, todavía prendido a mi teta, que ya me había dado mucho, aunque no lo suficiente para mi gusto, dispuesto a defenderla.

Mi destino dependía entonces, de quién fuera mi contrincante. Podía mantener a raya al Bigotes, que siempre fue distraído y soñador, o al **Colita**, o al Batata, o a la **Ñata**, que nunca terminaba de acomodarse porque tenía el berretín de mamar siempre panza arriba. Pero si los que me disputaban mi bien ganada teta eran **Manchas**, Oso o **Tigre**, la batalla estaba perdida de antemano. Ni siquiera hacía falta empezar a pelear; bastaba que ellos se acercaran, con su inmensa talla de matones, llenos de músculos ya, tan decididos, para que yo me retirara discretamente de mi querida fortaleza, convencido de que cuando uno tiene mas huesos que músculos y los ojos mas grandes que las patas, lo mejor que puede hacer es ampararse en la astucia y no probar nunca el camino de la fuerza.

CAPÍTULO II.

Donde describo nuestros esfuerzos por entrar al paraíso.

En realidad, no puedo culpar a mis hermanos por su avidez desesperada. Sucede que en mi barrio la comida era escasa. Mi madre hacía lo posible por alimentarse bien, pero seguía siendo un manojo de huesos, tan flaca que a veces se me hace que ni proyectaba sombra.

Yo mejor que nadie puedo dar cuenta de sus afanes por conseguir comida. El método de vigilancia permanente de las fuentes de la alegría que había desarrollado para lograr llegar antes que los demás al festín, me permitió ser testigo día tras día, hora tras hora, de su incansable tarea de llenar el estómago con algo contundente. No acababa de brotar la última gota de sus tetas exhaustas que ya salía ella a reponer sus energías.

No le resultaba fácil la tarea. Tenía muchas virtudes mi madre, pero no la de la destreza. Nunca fue gran cazadora. Era algo corta de vista y mas bien lenta por culpa de una vieja renguera, de modo que los pajaritos se le escapaban con facilidad, casi en las narices. Los ratones también eran rápidos, y no abundaban tanto (aunque en una ocasión memorable la vi atrapar de una sola dentellada a un cuis deslumbrantemente gordo), y en cuanto a las comadrejas, mi madre sabía por experiencia que es mejor no entrar en tratos con ellas. Ranas había en abundancia, eso es verdad, al atardecer sonaban como chaparrones de campanitas debajo de los berros y los hinojos, pero seguramente le resultaban demasiado escurridizas. Por otra parte, creo que siempre le despertaron un ligero sentimiento de asco, ya que sólo en una o dos ocasiones de extrema hambruna la vi acercarse al gran charco que había cerca de la ruta, y recoger a una o dos como a desgano y sin disimular el disgusto.

La gran solución era la Quinta, aunque tenía sus riesgos.

En la Quinta abundaba la comida, se apilaba, se amontonaba, brotaba de todos los rincones. Había espléndidos tachos de basura, mesas tendidas, provisiones que caían de las bolsas como gloria del cielo, ristras de chorizos, tiras de asado, huesos en los que habían quedado pegados maravillosos cueritos, grasitas crocantes, fibras jugosas. La Quinta era el paraíso, pero ya se sabe que al paraíso no es tan fácil acercarse.

No sólo nosotros sino todos los demás **perros** de los alrededores sabíamos que para conseguir comida de la quinta, había sólo dos caminos: La caridad o el robo. Mi madre, que como dije antes no era demasiado audaz ni demasiado diestra, solía obtener mejores resultados con la caridad, pero varios de mis hermanos y muchos vecinos desarrollaron, como ya tendré ocasión de contarles luego, admirables técnicas de robo.

No se puede decir que fuera hermosísima mi madre, pero linda sí era. Clarita, de pelo suave, erguida, con esos ojos oscuros enormes y de mirar tan dulce. Siempre mansa, además (a mi modo de pensar, hasta demasiado), de buen carácter, acostumbrada a soportar exigencias de sus cachorros después, en la época de la crianza. En la Quinta ya la conocían, la llamaban La Buena. Para Buena siempre había algún hueso y hasta un buen trozo de falda completo, hígados de pollo, chicharrones y a veces papas fritas, que mi madre nunca rechazó, un poco por educada y

otro poco porque se sabe, que cuando hay hambre no hay pan duro.

Yo que, fiel a mi teta nunca me separaba de mi madre ni a sol ni a sombra, asistí en mas de una oportunidad a esas generosas meriendas. Los humanos me resultaban apasionantes en esos tiempos. No sólo los observaba con atención y cuidaba de atrapar con mis **orejas** todas sus palabras (cosa que jamás he dejado de hacer) , sino que además depositaba en ellos una fe y una confianza que hoy, a la distancia, no puedo sino considerar ingenuas.

Sin embargo, hay que reconocer que el amor a la Buena se terminaba de repente en la Quinta si ella llegaba con todos sus cachorros a cuestras o acompañada por otros vecinos y compadres de la zona, que sabiendo de sus excelentes migas con los dueños de la comida, se le pegaban como sanguijuelas en cuanto ella enfilaba hacia el gran portón de madera. Cuando en lugar de una perrita buena, mansa y amielhada llegaban quince o veinte **perros** hambrientos, los de la Quina dejaban de sonreír, agitaban los brazos en el aire, gruñían, ladraban "fuera **perros**" como desaforados y juntaban piedras para hacer puntería en nuestros lomos. Y no sólo eso: en algunos casos, cuando los más remisos se negaban a abandonar el terreno, soltaban a las Bestias.

Las Bestias merecen un párrafo aparte. Eran dos, macho y hembra. Altos, negros, musculosos. Con collares gruesos llenos de púas alrededor del cuello. Me cuesta aceptar que pertenecieran a mi propia especie. Nunca entendí por qué nos odiaban tanto. Pero nos odiaban, eso seguro. No se limitaban a correrlos, a gruñirnos y a ladrarnos con furia, sino que cuando lograban atrapar a alguno de nosotros, como le pasó al pobre Bigotes un día, nos mordían sin piedad y nos dejaban aullando y sangrando junto al cerco. Rara vez avanzaban sobre el camino. Se quedaban un rato largo junto al portón, matoneándose y mostrándonos sus dientes blancos y largos, y después se daban media vuelta y volvían hacia la casa, marcando orgullosamente cuanto árbol encontraran en el camino.

Supongo que ése era su trabajo, el contrato que habían conseguido. Trabajo de Bestias. Sus ventajas tendrá, porque parecían bien alimentados y tenían los dientes blancos y el pelaje lustroso. Aunque no todo era rosas: Estaban casi siempre encadenados a una gran argolla de hierro que habían clavado con una estaca en el suelo, y tenían los ojos sombríos y opacos. De todos nosotros, el único que al menos en una oportunidad, logró dejarles el recuerdo de una dentellada en el pescuezo, fue el **Tigre**. Fue su último acto de rebeldía, todo el barrio le celebró la hazaña.

Las relaciones con la Quinta empeoraron mucho después del primer robo, mi madre ya ni siquiera se atrevía a aparecer mendigando por los alrededores del portón. Obra de **Manchas**, que siempre fue la más rápida y la más decidida: les robó todo un pollo. También ella, como el **Tigre**, ganó popularidad en el barrio con la hazaña.

En mi familia adoramos el pollo. El pollo o el pájaro. Vivo o muerto, crudo o cocido, con o sin plumas, gallina, gorrión, cotorra... no somos quisquillosos al respecto. Mi

padre, según oí decir en una oportunidad al puestero, era el terror de las urracas que anidaban en el ombú del fondo. Digo esto para que se entienda bien lo que pudo llegar a sentir mi hermana cuando pasó por el campo de trigo que da a los fondos de la Quinta, tratando de evitar el cerco por si las Bestias andaban sueltas, y de pronto sintió el inconfundible aroma de un pollo gordo, inmenso, que empezaba a entibiarse encima de la parrilla. Uno huele esas primeras gotas de grasa estallando contra las brasas, ese chamusque de la piel donde tal vez haya quedado prendido el canuto de alguna pluma, y uno siente que el estómago le da un vuelco, que algo irresistible, poderoso, lo impulsa a acercarse de un salto al sitio de donde mana el aroma y apropiarse de él, a metérselo en el cuerpo cuanto antes, casi sin masticarlo.

Eso fue precisamente lo que hizo la **Manchas**. Le sirvieron su extraordinaria agilidad y su sigilo. La **Manchas** nació para ladrona: elástica, silenciosa, veloz. Se arrimó al cerco sin mover siquiera una brizna, sin hacer temblar ni una hebra del penacho de cardos, se metió por un hueco del alambrado, y de un sólo salto, desafiando los carbones encendidos y el espantoso calor que desprendía todo ese sitio, hizo pié arriesgando su vida, en la roldana donde se enrosca la cadena que hace subir y bajar la parrilla, y atrapó su pollo.

Cuando uno de los habitantes de la Quinta alcanzó a verla, ya estaba ella de nuevo en el campo de trigo, corriendo a toda velocidad, con las mandíbulas bien apretadas y arrastrando su botín por el suelo. Soltaron a las Bestias de inmediato, pero **manchas** ya estaba muy lejos de su terreno, y no lograron seguirle el rastro.

Para decir verdad, no fue mucho lo que disfruté de ese pollo legendario, como se podrán ustedes imaginar. Después de que se hartaron **Manchas**, Oso y **Tigre**, de que recogieron tendones y pellejos aprovechables el Batata, **Colita** y Blanca, y de que mi madre, el Coco, Uñas y la Nata se ocuparan de triturar el resto de los huesos, a Bigotes y a mí no nos quedaron del banquete más que dos astillas, que mas que comer estuvimos olisqueando las y adorando un largo rato, tratando de sacar el mejor provecho posible de ellas, porque si bien eran incapaces de aliviarnos el hambre, bien podían servir para alimentarnos el espíritu y para saciarnos el orgullo, que teníamos casi siempre bastante maltrecho.

El de **Manchas** fue el primero de una serie de robos de los que no fueron protagonistas los miembros de mi familia, sino otros compañeros del vecindario, que empeoraron considerablemente la situación y desembocaron en la ruptura total de las relaciones amistosas con la Quinta.

Al terror de las Bestias se agregó por ese entonces el terror del Chumbo, un rifle de aire comprimido que hizo sus estragos y que a mí me dejó el recuerdo de esta cola rabona que tengo y que a algunos les despierta risa.

En pocas palabras, que el paraíso se nos cerró de un portazo y nos quedamos del lado de afuera de la abundancia, condenados a entretener como mejor pudiéramos el hambre. Y fue precisamente en medio de esa época de dieta rigurosa que algunos de nosotros empezamos a conseguir empleo.

CAPÍTULO III.

Donde cuento cómo me convertí en mascota y lo complicado que resulta durar en ese empleo.

A un **perro** lo que le conviene es tratar de conseguir trabajo cuanto antes; nadie ignora que los mejores empleos son los que se consiguen de cachorro. Un cachorro, sobre todo si es un poco gordito, medio torpe, juguetón y peludo, puede muy bien emplearse como mascota. Si dura el empleo y sobrevive a los primeros tiempos, que son, como ya tendré oportunidad de explicarles, extremadamente difíciles, puede acceder al puesto de mascota permanente y tener de ese modo su vida asegurada. Con eso quiero decir que va a tener comida (a veces más, a veces menos, pero en general siempre suficiente), que va a conseguir el modo de evitar mojarse demasiado cuando llueve, que en invierno es muy probable que consiga un buen fuego junto al cual entibiarse y que siempre, o casi siempre, va a haber alguien dispuesto a hablarle y a darle palmadas en el lomo.

Pero llegar a mascota permanente no es moco de pavo. Primero hay que pasar por el duro período de aspirante a mascota.

El primero de nosotros que consiguió contrato fue la Ñata, como era de imaginar. En primer lugar porque es muy linda, y en segundo lugar porque es muy cariñosa, tan cariñosa y buscadora de mimos que alguna vez llegué a pensar que había habido engaño y que nos habían metido gata por perra. Se la llevaron unos que habían acampado el fin de semana cerca del río. Nunca volvimos a saber de

ella, de modo que su experiencia como aspirante a mascota es para todos nosotros un verdadero misterio.

En cambio, pudimos ser testigos de lo que le sucedió al **Tigre** y sacar nuestras propias conclusiones. Al **Tigre** se lo llevaron los chicos del puesto de la chacra, y en un primer momento creímos que lo querían de mascota. Era fuerte y musculoso, y creo que les gustó que tuviese esas rayas negras alrededor de la cara que lo hacían parecer feroz y decidido. Dejé de verlo por algunos días, pero una mañana anduve persiguiendo a un chingolo de lo más escurridizo, que me obligó a meterme en el medio de la plantación de tomates, y ahí lo vi a mi hermano. Estaba tendido junto a la casa, con el morro entre las patas. No parecía muy contento, aunque tenía un buen hueso al lado y un buen plato con agua fresca. Cuando se puso de pié, moviendo la cola porque me reconoció enseguida, le vi la sogá en el cuello; una sogá no demasiado incómoda, supongo, y bastante larga, que iba hasta la bomba de agua. En cuanto se la vi me di cuenta: al **Tigre** no lo querían como mascota, lo estaban entrenando como Bestia.

El **Tigre** me había parecido un feliz, un dichoso, un elegido, pero esta vez no le envidié la suerte; el de Bestia siempre me pareció un contrato detestable. De modo que se podía decir que para mí fue una ventaja ser petiso, enclenque, rabón y bigotudo; a nadie que estuviera en su

sano juicio se le podría ocurrir ponerme a trabajar como Bestia. En cambio, podía llegar a tener algún futuro como mascota: siempre di un poco de risa.

Jamás olvidaré el día que me eligieron, que fue también el día en que estuvieron a punto de no elegirme.

Ahí estaban las tres, muy enredadas y muy indecisas. Yo las veía mirarme y mirar a mi hermano Coco, que es muy gracioso porque tiene el cuerpo clarito como mi madre, pero la cabeza completamente negra, y después mirarme de nuevo a mí y comentar algo, y señalar mis **orejas**, que sé muy bien que son mi mayor atractivo, y mi cola, rabona para siempre por culpa de un balón. Dudaban.

También yo tenía mis dudas, en realidad: a esa altura no estaba seguro de si querían o no querían contratarme como mascota. Por otro lado pensaba que iba a extrañar algunos olores (para empezar el de mi madre, aunque hacía ya más de un mes que no mamaba de ella, pero también el del verdín del charco, el de las hojas podridas en el berro), y por otro pensaba en lo esforzada que iba a ser mi vida como **perro** libre en esos pajares, donde cada vez había menos cuises y menos urracas, y cada vez mas chumbos ardientes y Bestias.

Por fin tomé mi decisión y las ayudé a ellas a tomar la suya: las miré fijo con mis grandes ojos redondos, ladeé la cabeza y lancé un gemidito, un gemidito tímido, de esos que siempre me habían resultado eficaces en mis primeras semanas de vida cuando acompañaba a mi madre en sus campañas para recolectar fondos, en la época en que todavía era posible ir a mendigarles algo a los dueños de la Quinta. Surtió efecto de inmediato. Las dos enredaditas chicas se lanzaron sobre mí diciendo que me querían a mí y nadie más que a mí, que yo y sólo yo era el elegido. La enredada mayor estuvo de acuerdo. Lo miré al Coco de reojo: acababa de obtener el puesto de aspirante a mascota.

Sin embargo, antes tuve que pasar por una inspección bastante humillante: el sexo. La enredada mayor insistió en que había que asegurarse de que yo fuese macho y no hembra, porque no quería que se le llenase la casa de cachorros, dijo. Una de las enredaditas me alzó, me dio vuelta en el aire, me miró con toda atención, hizo una mueca y luego me entregó a la mayor diciendo: - No sé, ma, es demasiado chico, no me doy cuenta...

Esas palabras, que supongo que divirtieron bastante a mi hermano Coco (el pobre había quedado ahí un poco arrinconado, molesto por ser descartado con tanto entusiasmo), fueron para mí un verdadero anuncio. De inmediato comprendí cual era la regla número uno que debía observar cualquier aspirante a mascota: tolerar humillaciones. Mi sexo era perfectamente evidente para cualquiera que no fuera un ignorante, jamás nadie tuvo la menor duda al respecto, pero ahí estaba yo, manso, esperando que la enredada mayor dictaminase después de observarme con mucha atención: - Si, está bien, es machito.

Y me llevaron con ellas.

Guardo de esa primera experiencia unos cuantos recuerdos imborrables. En pocas horas aprendí algunas cuestiones fundamentales acerca de los humanos. Por ejemplo, la tremenda importancia que le dan a los nombres. Tenían que decidir cómo me iban a llamar y eso les llevó un día completo de peleas, discusiones y ensayos. Para mi familia yo siempre fui el **Orejas**; nadie imaginó que hiciera falta pensar en ninguna otra posibilidad. Pero

en mi primera tarde como aspirante a mascota fui alternativamente Kuki, Humberto, Rito, Tomás, Morrongo (que el cielo me perdone!), José, Lulú, Poroto, Motita, Vladimir y Taxi (supongo porque soy todo negro y con las **orejas** amarillas, según oí decir). Y créanme que ya había caído la noche cuando se decidieron por Toto. No me gustó demasiado, pero a esa altura del día ya me sentía verdaderamente fatigado de haber atravesado tantas personalidades sorprendentes y agradecido de que por fin se hubieran detenido en una.

Mi vida como Toto no fue fácil.

Para empezar las tres enredadas vivían en un departamento. ¿Alguna vez intentaros escarbar un pocito en las baldosas para obtener una siesta verdaderamente fresca? ¿O rascarse el lomo en una colcha donde las hojas y ramas están dibujadas? ¿Levantar la pata junto a un árbol que resulta ser una mesa? ¿O entusiasmarse con un pajarito cantarín, pequeñito pero seguramente sabroso y tierno, que lo provoca a uno irrespetuosamente desde detrás de unos barrotes por los que uno ni siquiera puede pasar la punta del morro? ¿Saben lo que les espera si acaso se les ocurre ensayar los dientes nuevos con un zapato jugosito, o jugar a la guerra con el borde de una cortina? ¿Imaginan siquiera lo que se siente cuando la carrera más larga que uno puede hacer es la que va del baño a la cocina por el pasillo, en total dos metros con ochenta centímetros? ¿Las torturas que uno puede llegar a experimentar cuando la enredada y las enredaditas se olvidan de dejar un tacho con agua y uno deambula la tarde entera con la lengua afuera hasta dar, por casualidad, con un bienhechor inodoro? ¡Para no hablar de lo ridículo que se siente uno cuando lo pasean en un cochecito vestido con un camisón viejo y con un moño en la oreja!

Porque las enredaditas no descansaban nunca, eran nenas llenas de ideas, con imaginaciones robustas: tormentosa navegación en la bañadera encima de una pizzera; carrera en patineta por el pasillo; breve estadía en el cajón de los cubiertos y hasta un intento, frustrado por la enredada mayor, gracias al cielo, de centrifugarme en el lavarropas. Claro está que también había compensaciones: **orejas** muy bien rascadas, espléndidas batallas con trapitos, inolvidables besos en el morro, comida abundante, dulces entregados a escondidas y el permiso, casi siempre, de dormir enroscado sobre un colchón blandito.

Creo que a la larga habría terminado por acostumbrarme a mi destino de mascota, y estaba ya convencido de que mi paciencia era suficiente para permitirme atravesar la difícil etapa de aspirante, y acceder definitivamente a la de mascota oficial, cuando sucedió el percance.

Para ese entonces yo ya llevaba acumulados algunos puntos en contra: me había masticado dos zapatos (para colmo de pares diferentes), un guante y siete flecos de colcha; había hecho ciento veintidós pises en la alfombra y dos cacas en el sofá del living; había arrancado a tirones una cortina, vaciado diecisiete veces el tacho de basura y ahorcado cuatro muñecas, sin contar las dos ocasiones en que, recordando la inolvidable hazaña de mi hermana **Manchas**, había atrapado dos bifés a punto encima de la plancha.

Había recibido muchos retos, pero después había llegado el perdón, como es debido. Lamentablemente, el

percance fue ora cosa. Por alguna razón que no yo alcanzo a entender, el percance fue algo imperdonable. Sin embargo no hubo muertos, ni heridos, ni nadie salió lastimado; sencillamente me comí dos mil cuatrocientos cincuenta y cinco dólares, según oí decir. Eso fue todo.

No los comí del todo en realidad, aunque admito que los mordisqueé a fondo, y hasta creo que intenté tragarlos. Pero eso fue culpa de la enrolada mayor. Culpa de ella por tener esas ideas. Es cierto que tal vez a ningún ladrón se le ocurriría ir a buscar la plata dentro de la heladera, pero ¡Guardar los ahorros en un sobre al lado del jamón crudo tampoco parece ser una idea muy sensata!

Fueron los dólares más fragantes de mi vida. Cuando quedaron ahí, encima de la mesada de la cocina, descuidados por algunos minutos, oliendo a sabrosura, no medí las consecuencias. Desgraciadamente, el sabor de ninguna manera estaba a la altura de lo que prometía el

perfume: me resultaron resecos, insulsos y pastosos, hubo varios que dejé casi a la mitad, y dos que ni siquiera toqué.

Pero nadie parece haber notado ese detalle. Cuando la enrolada mayor volvió a la cocina, seguramente dispuesta a devolver sus dólares a las regiones frías, y me vio rodeado de restos de papelitos verdes, con el retrato de un señor tipo caniche asomándose desde la comisura izquierda de mi boca, primero ladró tanto pero tanto que no tuve más remedio que aplastarme contra el piso tapándome las **orejas**, y después, extrañamente, se puso a gemir y a aullar y lo salían riachos de los ojos. Ahí me di cuenta de que el percance no era cualquier cosa.

La enrolada mayor se negó a seguir viviendo conmigo. Claro que, como las enroladitas se negaban a seguir viviendo sin mí, hubo que pensar en una solución intermedia: me iba a ir a casa de la tía Dora, que vivía muy cerca y que, para alegría de todos, era loca por los **perros**.

CAPÍTULO IV.

Donde, gracias a los desvelos de la tía Dora, vivo las experiencias alucinantes del portaorejas y el rabo mecánico.

Efectivamente, la tía Dora era loca por los **perros**. También era loca, como pude muy bien comprobar a los pocos días de cohabitar con ella.

Además de mí había en su casa otros dos **perros**: una caniche blanca, mas bien seductora, debo reconocer, pero antipática y pedante, y un pequinés chillón, desagradablemente diminuto, que nunca llevaba menos de siete hebillas de diferentes colores en el pelo. Dora los adoraba. Con eso quiero decir que se pasaba el día peinándolos, bañándolos, perfumándolos, lustrándoles las uñas, recortándoles los bigotes desparejos, y hasta cepillándoles los dientes (lo que considero una verdadera exageración). Tenían cada uno su cucha acolchada; la caniche usaba manta escocesa y el pequinés, frazada a lunares. Para llevarlos a pasear tenía unas correas increíbles, de seda o de terciopelo, según fuese verano o invierno, aunque en realidad la mayor parte de las veces los llevaba alzados, para evitarles todo tipo de peligros, de esos que acontecen en la calle.

Creo que me aceptó de puro bondadosa, porque noté que en cuanto me echó una ojeada, no estaba pasando con buenas notas el examen.

-¿Cómo se llama? - Preguntó mientras me daba, sin mucho entusiasmo, palmaditas en la cabeza.

-Toto, tía - Dijeron las dos enroladitas al mismo tiempo, orgullosas del nombre que me habían sabido conseguir.

La tía Dora puso cara de San bernardo, gimió suavemente y dijo: -Lo voy a llamar Lord.

Acepté sin chistar, por supuesto, por esa cuestión de que los nombres son para los humanos asuntos de suma importancia, pero confieso que quedé un poco preocupado por el progresivo y drástico achicamiento de mi persona: de **Orejas** a Toto, y de Toto a Lord... Me pregunté si mi próximo dueño me iba a llamar con un estornudo.

Acto seguido la tía Dora nos dejó a todos boquiabiertos con sus admirables conocimientos en materias de razas,

cruzas y pelajes. Me enteré de repente de que mis patas eran demasiado cortas para que se me pudiese tomar por Bretón, pero demasiado largas para pasar por Cocker; que mis bigotes podían acercarme a un terrier pero que mis **orejas**, en cambio, me alejaban definitivamente de esa variedad y en cambio me arrimaban un poco al Basset, con los que, sin embargo, jamás podría confundirme por razones tales como mi talla, mis mejillas, mis patas, mi morro e irremediamente mi rabo. Descartamos desde el vamos a los Dálmatas, Galgos, Collies, Boxers y Ovejeros, porque mi presencia era demasiado modesta para aspirar a esas grandezas, y las miradas de desprecio que me echaron la caniche y el pequinés, dueños de la casa, me dieron a entender que era mejor no osarse a hacerme pasar por pariente de ellos.

En fin, ya se verá lo que se puede hacer- suspiró Dora.

Y me recibió definitivamente de manos de las enroladitas, prometiéndoles que podían venir a visitarme todos los días. Ahí empezó mi segunda y última etapa como aspirante a mascota.

Al principio me felicité por el cambio. La tía Dora le ofrecía a uno la vida regalada, con mantitas, comida sabrosa y muy nutritiva, largas siestas y paseos por el barrio, y jamás le imponía a uno cruceros en pizzeras ni riesgosas carreras en patineta. Por otra parte, tenía un jardín diminuto, donde al menos una vez me di el gusto de hacer un par de pozos húmedos y blandos que me trajeron viejos recuerdos, y nunca, ni por casualidad, le hacía falta a uno el agua. Digo más: había diseminadas por la casa no menos de veinte vasijitas de diferentes colores, porque la tía Dora opinaba que a uno lo puede sorprender la sed en cualquier momento. Conocí delicias increíbles: acelgas a la crema, pollo al horno con papas, espárragos con salsa de hongos, arroz con azafrán y albahaca... Y aunque jamás logré acostumbrarme a los incómodos escarpines de lana que insistía en calzarnos en cuanto refrescaba un poco, no puedo negar que disfrutaba bastante cuando durante la

siesta me cubría el lomo con una tibia manta. Para un **perro** como yo, nacido en los suburbios de los suburbios, casi en el campo, acostumbrado a la vida agreste, a los alambres de púas, a los chumbos y al hambre, la vida en casa de tía Dora pareció, al comienzo, un paraíso.

Pero no. ya dije que es duro llegar a mascota. La tía Dora estaba orgullosa de sus **perros**, y ese orgullo fue mi perdición. Le gustaba verlos bien, espléndidos e irreprochables. Y así como peinaba, perfumaba y recortaba al caniche y al pequinés, tuvo la fantasiosa idea de convertirme a mí en un **perro** presentable. Me temo que era una empresa imposible.

Empezó por llevarme al peluquero. Desconozco otras experiencias, porque me he cuidado muy bien de no volver a acercarme nunca más a una peluquería, y no se si los humanos pasarán por las mismas torturas que los **perros** cuando deciden cortarse el pelo. Quiero decir que, por ejemplo, ignoro si también a ellos los atarán de pies y manos, les pondrán bozales, los arrojarán sobre una camilla fría y resbalosa y les inyectarán por fin una potente anestesia.

No me extrañaría nada que los sometieran a un tratamiento semejante, porque es verdaderamente insultante y doloroso que a uno le corten el pelo. El pelo propio. El que hace años y años que lo viene acompañando a uno día y noche, desde la infancia, desde los primeros días. Ese pelito de un que ha ido acumulando pelusas, abrojos, olores, y alegres y entrañables pulguitas con las que uno batalla sin cesar pero que también son las que hacen más divertida la vida. Opino que cortarse el pelo es doloroso, injusto, y malo para la salud. Y tiene graves consecuencias, porque uno queda ahí hecho una piltrafa, primero dormido como un almohadón, y después atontado, enclenque, incapaz de usar sus propias patas para caminar, viendo el mundo borroso y sintiendo además de un desamparo, soledad y frío, que ni les **cuento**.

Dora optó por un corte al ras, aunque debo reconocer que me perdonó los bigotes, probablemente con la esperanza de que cuando mi pelos volviese a crecer, en lugar de crespo, apelmazado, desteñido y desperejo, iba a surgir sedoso, lacio y espléndido como el de un Setter, dijo.

A las enuladitas les costó mucho reconocermelo y me parece que miraron con cierto reproche a la tía, cuando notaron que diecisiete horas después de la anestesia yo seguía tambaleándome, como el Pulgas, que por estar

siempre cerca del bar de la estación lamiendo el piso vivía mareado.

Lo de la peluquería fue terrible, aunque vaya y pase. Pero lo que me resultó verdaderamente intolerable fue el asunto del portaorejas y el rabo mecánico. Sin embargo, me parece que no corresponde echarle toda la culpa de mis desdichas a la tía Dora; también tuvo su parte de responsabilidad el veterinario, que haciendo honor a una cliente de la talla de Dora, no acababa de importar adminículos inverosímiles y exhibirlos en su odiosa vidriera.

El portaorejas (incomodísimo y atroz) servía para mantener erguidas mis dos lánguidas, largas y cómodas **orejas**, excelentes para espantar moscas, con las que yo estaba perfectamente encariñado. Se ataba con una correa por detrás de la cabeza, y quedaba disimulado (para colmo de males) con una especie de gorro que había tejido la tía Dora con todo esmero y que, según pude comprobar de inmediato, multiplicaba por tres como mínimo, las risas que yo despertaba en el vecindario. Gracias a ese invento mis **orejas** quedaban irremediabilmente separadas de mi cabeza, formando una curva absurda que más bien las asemejaba a un par de alas. Dora opinaba que me daba un aire exótico y mucho más elegante.

Pero su gran preocupación era mi rabito, diminuto, casi un botón, una nada. Consideraba que un buen rabo suntuoso podía aportar mucho a mi presencia. La solución llegó cuando el inoportuno veterinario sacó su catálogo de novedades y le habló del famoso rabo mecánico. El trámite llevó unos cuantos días; hubo que estudiar folletos, llenar un formulario de pedido, y por fin encargar el modelo definitivo.

¡Qué invento abominable! Me metieron el rabo (el propio, el verdadero) dentro de una especie de rosca, que fueron apretando hasta límites insoportables, y luego enroscaron a manera de tuerca el rabo mecánico. Era largo, pesado y molesto, nada que ver con mi rabo original, cuando aún existía. Oí como el odioso veterinario le decía a la tía Dora, con ojos de Dogo y sonrisa complaciente: -Que lo use media hora hoy, y dos horas mañana. Se tiene que ir acostumbrando de a poco.

Nunca me acostumbré. Bastaba que Dora me enroscara ese rabo intruso para que yo me jurara tristeza permanente, no volver a mover la cola nunca jamás el resto de mi vida. Do paseos soporté por el barrio, con portaorejas y rabo mecánico... al tercero me escapé.

CAPÍTULO V.

Donde regreso a la libertad y recupero mis tratos con el hambre.

Hay una cuestión acerca de la cual nunca nos hemos puesto de acuerdo con los humanos; ellos insisten con que libertad es una idea, y nosotros estamos convencidos de que libertad es sobre todo un olor. Se trata de una diferencia muy antigua y no creo que tenga sentido echarla a rodar de nuevo, de manera que me voy a limitar a dejar bien en claro que, en esta que es MI **novela**, la libertad es un olor. O el recuerdo de un olor, que se vuelve penetrante como un olor verdadero, cuando uno se ve obligado a sentir otros olores que son los olores del cautiverio. Por ejemplo, el olor del perfume con que la tía Dora insistía en

perfumarme los bigotes. O el olor de la pasta con la que me cepillaba los dientes (y de paso me clavaba la punta del cepillo en las encías). O el olor del filo del alicate, que sentía con toda nitidez mientras uno tenía que hacer cola con un pequinés antipático y una caniche vanidosa esperando que le cortasen las uñas. O el inolvidable olor a cuero de las odiosas correas de un intolerable portaorejas.

Los olores del cautiverio me obligaban a recordar el olor de la libertad. Pero no estoy seguro de que hubiesen bastado para impulsarme a la acción. El impulso definitivo, el salto mortal, la decisión irreparable fue algo

que sólo pudo suceder cuando me llegó, flotando en el aire una tarde que había sido de lluvia, el inconfundible, el profundo, el exquisito olor a las hojas podridas mezcladas con el berro.

Todo sucedió de manera tan rápida y tan brusca que los recuerdos se me confunden. Y digo esto para que no me acusen de narrador desprolijo si el relato de estos acontecimientos tan decisivos para mi vida resulta más desenhebrado que entero.

Íbamos los cuatro por la calle, de eso sí me acuerdo: el pequinés y la caniche a upa, como siempre uno debajo de cada brazo, y yo, prendido por medio de una cinta de seda tornasolada al cinturón del vestido floreado de Dora. Solíamos pasear así por el barrio. La tía Dora opinaba que formábamos los cuatro una figura digna e imponente. Por mi parte, siempre tuve algunas dudas al respecto: las sonrisas y hasta las carcajadas que despertábamos al pasar me hacían suponer que tal vez no fuese tan aristocrático nuestro aspecto.

La cuestión es que íbamos los cuatro: la tía Dora con la mirada en alto, sin poder ocultar el orgullo por sus irreprochables mascotas; yo, arrastrando como mejor podía mi odioso rabo y soportando con desagrado las ráfagas de aire fresco que se me colaban descaradamente en las zonas más íntimas de mis **orejas**, y el pequinés y la caniche, echándome cada tanto algún gruñidito despectivo desde lo alto de sus miradores, cuando de pronto me llegó el olor, inconfundible, penetrante, entre dulzón y picante, de las hojas podridas cuando se mezclan con el frescor del berro.

Pegué el tirón. Sin pensar, mucho antes de pensar, ese tirón ya estaba resuelto. Y lo demás (y ahí se me desordena todo) fue sólo vértigo y carrera. Me acuerdo de algunos gritos, de tres o cuatro manos alzadas vistas de refilón y que tal vez me señalaban, de la tía Dora, a lo lejos ya, chiquita, floreada, pegando saltos en el suelo, y de los ladridos chillones de los que, a medida que yo corría y me alejaba, podía ir llamando cada vez más "ex compañeros". Pero más me acuerdo del ronroneo fiel, constante, de la cinta de seda, con el cinturón blanco de la

tía Dora atado a la pinta, que se arrastraba a mi lado raspando el asfalto y sacándole chispas con la hebilla. Y de mi hocico, buscando el olor mientras corría, un olor que de a ratos perdía y de a ratos atrapaba.

No pensaba. Mientras corría no pensaba; sentía un ensanchamiento, eso sí. Sentía que el nombre me iba creciendo, que de Lord volvía a ser Toto, y después, enseguida, **Orejas**. Pero, salvo de ese ensanchamiento, no era consciente de nada, de nada más que del olor que me había saltado adentro. Corría, Corrí sin parar por el terraplén, pegado a las vías, y cuando por fin me detuve, jadeante, junto a una caseta que pareció un buen reparo, para recuperar el aliento, tampoco pensé. No tuve más preocupación que la de frotarme la cabeza contra los yuyos hasta desprender por fin el maldito portaorejas, que salió con él arrastrando la cinta tornasolada con el cinturón en la punta. Y el resto del día, hasta bien entrada la noche, lo pasé en el intento, infructuoso lamentablemente, de deshacerme del terrible rabo mecánico, que era mi única desazón esa noche de gloria.

Me senté en la oscuridad a mirar el mundo. Sacudí la cabeza con fuerza; cayó un abrojo. Lo olí, lo hice rodar con la pata. Recordé mi pata entonces. Me mordisqueé el callo hasta desprender una espina. Me agaché, hundí la cabeza ente las patas, la apoyé contra el suelo, sentí el olor de la lluvia que había caído esa mañana. Me eché de costado, abrí las narices, inflé el cuerpo con aire, estiré las uñas desperezándome.

A lo lejos, no tan lejos, las campanillas de las ranas; bichos de luz encendiéndose y apagándose delante de mi ojo; mi ojo, que de a ratos se abría y de a ratos se cerraba; un mosquito para apartar, feliz, para apartar con un sacudón de mis largas, lánguidas y recuperadas **orejas**; una chicharra larga; el sobresalto de un tren y después otra vez el silencio, las ranas, el maravilloso recuerdo del olor en el hocico. Y de pronto allá, en lo más hondo del cuerpo, en las tripas de las tripas, siento el punzón: era mi hambre, otra vez, que me llamaba.

CAPÍTULO VI.

Donde me entero de que no soy el único hambriento y encuentro compañero.

En eso estaba, entre la libertad y el hambre, cuando noté que algunas briznas se movían, aunque no fuera yo el que las moviera, que alguien, que no era yo, jadeaba... en fin, no estaba solo en mi terreno.

Era el Huesos, y me llevó un rato darme cuenta de que también era **perro**. En mi vida de cachorro conocí muchos **perros** flacos. Mi madre, sin ir más lejos, era esquelética, ya les dije, puro esqueleto, y había entre los pedigüeños de la quinta cierto **perro** gris de **orejas** finas, tan pero tan flaco que un día de sudestada se nos fue volando a otro pueblo. Pero ninguno tan flaco como el Huesos.

Era tan flaco que casi era sólo un ruido: el que hacía su esqueleto cuando corría. Eso fue lo primero que noté después del asunto de las briznas y el jadeo: el ruidito hueco, simpático, rítmico, cloqueante, de los huesitos chocándose unos con otros dentro de su cuerpo.

El ruido se acercó hasta la planta de hinojo debajo de la cual estaba yo escarbando esforzadamente desde hacía un buen rato, con la esperanza de descubrir algún nido de culebras, y detrás del ruido, a las cansadas, llegaron dos ojos, bastante grandes, oscuros, que parecían flotar solos en el aire, sin cara. Aunque, mirándolos mejor, uno se daba cuenta de que cara tenían los pobres ojos, sólo que era tan pero tan fina que parecía un papel de perfil, un cuchillo de punta. Menos mal que las dos **orejas**, un poco arrugadas pero voladoras como mariposas, me ayudaron a terminar de armar el acertijo y encontrar por fin la cabeza.

El ruido con ojos se dio vuelta entonces, y ahí resolví que podía muy bien calificarlo como congénere y compañero, alguien de mi propia especie: **perro**, de raza tan desconocida como la mía probablemente, pero seguramente muchísimo más exótica, puesto que sus patas flameaban como hebras de lana al viento, y sus costillas

eran tan espléndidas y tan bien alineadas que merecían el empleo de rastrillo.

Nos olisqueamos a fondo, según nuestra tradición, y les confieso que quedé desconcertado. Ni aún esforzando mi hocico hasta sus límites y poniendo en juego todas mis destrezas olfativas pude detectar algún rastro de comida en el escaso pellejo de mi nuevo amigo. Ni un resto de carne, ni un recuerdo de grasa, ni una mota de cuerito, ni siquiera una miga de pan o una gota de vino o leche. Nada, ni un olorcito. Limpio como el agua estaba el pobre. Me pregunté cuándo habría tenido lugar su última cena, porque viéndolo era de suponer que no había comido nada durante los últimos 30 días.

Él, por su parte, que también tenía hocico, aunque casi invisible de finito, me olió concienzudamente todo el cuerpo, deteniéndose con deleite en algún resto de acelgas a la crema (mi almuerzo el día de la huída), una miga de tostada con manteca, una salpicadura de alimento balanceado remojado, una untadita de mermelada... en fin, los resabios de mi vida regalada, que yo, por loco afán de libertad, por perseguir ciertos olores y escapar de ciertas torturas, había abandonado de buenas a primeras.

El Huesos me despertaba cierta simpatía, pero reconozco que estuve dudando un poco en si hacerlo o no mi compañero. Por un lado, sentía que un compañero con hambre me convenía, porque es mucho más probable que encuentre comida un hambriento que uno hartado y saciado. Pero, por otro lado, no podía menos que desconfiar de las habilidades del Huesos: alguien que se nota que hace tanto pero tanto que no come, no da la impresión de estar demasiado bien dotado para conseguir comida.

Fue un acontecimiento impensado el que me decidió por fin a recibirlo con el rabo feliz y a proponerle una sociedad conveniente. Una lata oxidada, que estaba tirada por ahí cerca, tembló, y detrás de la lata, asomó el morrito un ratón gris, bastante gordo. El Huesos y yo lo vimos, los dos al mismo tiempo, y lo asombroso fue que improvisamos de inmediato una excelente cacería con sincronización perfecta, como si hubiésemos sido viejos cómplices de **aventuras**.

Para mi gran asombro, el Huesos se puso a bailar. Quiero decir que inició de inmediato una serie de enloquecidas carreras en redondo, que culminaban luego en dos o tres saltitos ridículos, un par de sacudidas generales y una feroz rascada de **orejas**. El efecto fue el de un coclear de huesos muy musical, muy rítmico y asombrosamente sonoro y persistente.

En cuanto pude recuperarme de mi propia sorpresa noté, con gran satisfacción, que más sorprendido aún estaba el ratón, hipnotizado casi, con los ojos clavados en el sitio de donde provenía esa música extraña, sumido en el más completo desconcierto. Desconcierto que debo confesar que aproveché para saltar sin demora sobre él y convertirlo instantáneamente en merienda, cena, almuerzo y desayuno.

Compartimos solidariamente el botín con el Huesos, puesto que solidariamente nos lo habíamos ganado, y, si bien no puedo decir que nos haya sobrado la comida, al menos quedamos en paz con nuestra hambre por un rato. Yo quedé en paz, en realidad, porque creo que el Huesos sufría de un hambre crónica: estaba tan poco acostumbrado a comer que, al rato de terminar, ya se había olvidado de lo que era la comida. Supongo que el pobre ni

siquiera recordaba la ruta que tenía que hacerle seguir dentro del cuerpo y me temo que, sin la ayuda de un buen mapa, habría sido incapaz de recordar dónde quedaba la salida.

Para coronar este pacto de amistad, el Huesos me ayudó a desprender el rabo mecánico a fuerza de mordiscones, y si bien tuve que seguir soportando la rosca durante un tiempo más, hasta que se oxidó y quebró de puro vieja, sentí un alivio extraordinario y moví con toda alegría mi rabo diminuto, que me volvía a convertir en mí.

Ese fue el comienzo de una fructífera alianza que nos valió más de una ristra de chorizos, alguna que ora tira de asado, o al menos excelentes porciones de pizza, barras de chocolate y sándwiches de salame.

Con el tiempo fuimos depurando nuestra técnica y alcanzamos una destreza, una velocidad y un sigilo que no puedo menos que llamar admirables, y que pienso habrían hecho la envidia de mi hermana **Manchas**, a quien sigo considerando una verdadera maestra en ese arte. Y de paso demostramos que los humanos son tan hechizables y melómanos como los ratones.

El método era aproximadamente el mismo de siempre, aunque variaran los detalles, dependiendo de dónde estaba colgada o almacenada la ambicionada presa, y de quién era el contrincante con el que debíamos medimos (no es lo mismo un carnicero gordo con una cuchilla en la mano, que un nene en una plaza de la mano de su abuela). El que se aproximaba primero era siempre el Huesos, amparado en su figura casi invisible de puro escueta, que le permitía pasar desapercibido con toda facilidad. Yo, atrás, agachado, escondiéndome atrás de todo. En cuanto el Huesos veía que ya me había ubicado yo en un lugar conveniente para dar la dentellada salvadora, salía de su anonimato y empezaba a hacerse notar con su famoso candombe enloquecido.

Era un **perro** bien dotado para el baile y logró desarrollar ritmos nuevos y realmente sorprendentes. Llamaba a atención invariablemente; no había nadie que pudiese sustraerse de la sorpresa, al casi encantamiento que producía ese entrechocar de huesos, ese ágil tableteo desenfrenado. Los más se quedaban prendados de la música y del ritmo, siguiéndolo muchas veces con chasquidos de los dedos y vaivenes del cuerpo y cabeza, y hasta hubo una vez en que un muchacho salió corriendo a su casa a buscar la guitarra. Otros, los menos sensibles a la música o los más prudentes, se ocupaban de clavar los ojos en el sitio de donde se producía ese ruido hasta detectar algo así como la sombra de un **perro** extraordinariamente flaco, y entonces se alarmaban y comenzaban a hablar de pulgas, piojos y chinches en el mejor de los casos, y en el peor, de bacterias, virus, rabia... y de llamar a la perrera.

La cuestión es que, por músico o por bicho indeseable, el Huesos siempre sostenía la atención de todos los que rodeaban nuestro improvisado escenario durante un lapso suficiente para permitirme a mí trepar donde hubiese que trepar, saltar donde hubiese que saltar, y aferrar con todo cuidado y sigilo el almuerzo que nos habíamos sabido conseguir.

En cuanto me alejaba yo lo suficiente hasta algún escondite, el Huesos interrumpía súbitamente su baile y hacía mutis por el foro sin esperar aplausos. La gente salía de su hipnosis, hacía algún comentario y seguía con lo que estaba haciendo antes de quedarse pegados en el

espectáculo. Tarde, lamentablemente para ellos y felizmente para mí, porque yo ya estaba lejos, tendiendo la mesa como quien dice, esperando a mi compadre el Huesos (que no tardaba en llegar), con un salami insuperable, unas tripas blanquitas o algún que otro menú menos adecuado para nuestras costumbres carnívoras pero de todas maneras bienvenido para nosotros, dispuestos a sobrevivir a toda costa.

Debo decir, en nuestro descaro, que siempre robamos por hambre, nunca antes de que la terrible punzada nos avisara que había llegado la hora, y que, siempre que era posible, tomábamos por asalto alguna carnicería, donde hay que reconocer que la carne sobra, y que sólo en casos de extrema emergencia despojamos de su propia comida a algún humano, mayor o menor, desprevenido.

Se me dirá que podríamos haber recurrido al antiguo método de la mendicidad. No lo hicimos por dos razones,

ambas contundentes, a mi modo de ver las cosas. En primer lugar, ni el Huesos, con su desgarmo espeluznante, ni yo, que estaba decididamente roñoso y hasta me temo que con algunas mota de sarna, resultábamos figuras atractivas, de esas que despiertan automáticamente la caridad; ya no éramos simpáticos cachorritos peludos, sino **perros** jóvenes, hechos y derechos, o, mejor dicho, ligeramente torcidos, de esos que más que caricias suelen suscitar escobazos. Y por otra parte, mi experiencia como aspirante a mascota, especialmente en su ardua segunda etapa junto a la tenaz tía Dora, me hacían desconfiar mucho de las ventajas de la domesticación.

En fin, que estaba convencido de que, para conservar la libertad, que a esta altura de mi vida me resultaba ya un olor indispensable, no iba a tener más remedio que arreglármelas lo mejor posible, y solo (sin humanos), con mi hambre.

CAPÍTULO VII.

Donde trabamos contacto con otros artistas y yo conozco las delicias del amor temprano.

La fiesta no duró lo que yo esperaba, y no porque el método que habíamos inventado para sobrevivir no fuera eficaz. Eficaz era, y nosotros lo practicábamos con muy buena técnica, casi como virtuosos. Pero sucedió lo inevitable: el Huesos de deshuesó.

Poco a poco y a costa de fibras, tripas, grasas, cueros y diversos untos, el rastrillo de los flancos se le fue borrando, el pellejo se le rellenó, y comenzó a vislumbrarse algo así como un hocico, después incluso mejillas, barba y bigotes. El hambriento aprendió a comer, y a descomer (porque fui testigo en más de una ocasión, de que ya era perfectamente capaz de conducir la comida hasta el final de la ruta sin necesidad de ningún mapa). Fue un cambio lento, y como siempre sucede con los cambios lentos, uno no se da cuenta de ellos hasta que ya es demasiado tarde, y las cosas son definitivamente diferentes.

Y lo diferente, en este caso, fue el silencio. En una palabra, que lo que antes había sido un concierto se nos transformó en pantomima. Porque un día, un aciago día en que nos aprestábamos a hacer nuestra rutina frente a un barral donde colgaban nada menos que treinta y dos exquisitos pollos, apenas desplumados, el Huesos enmudeció. Quiero decir que cuando se echó a bailar como siempre, no hubo música, ni tableteo, ni cloquear de huesos, ni retintín del esqueleto. Fe un baile hermoso pero mudo, y no hechizó a nadie. Apenas si hubo alguno que mirara de reojo al que seguramente no le pareció un artista, sino mas bien un bicho pulguiento que se rascaba sin vergüenza en el medio de la vereda. Y más de uno hubo que no de reojo sino mas bien de frente miró hacia donde yo estaba. Y al mirarme me vio. Me vio saltar confiado sobre el pollito elegido, que me miraba desde su gancho como diciéndome "soy tuyo". Fe verme y correrme. Y agarrarme. Y apalearme y darme de patadas y pedradas y cachiporrazos, y hasta de cuchilladas creo, sino hubiese por fin logrado zafar de esa selva de patas envueltas en zapatos y correr desesperadamente hasta nuestro refugio en el terraplén, aterrado y maltrecho, a lamer heridas y frotar moretones.

El Huesos, que también había recibido su cuota, llegó al rato, desconcertado por la súbita pérdida de sus dotes musicales. Me miraba con la cabeza gacha, no se si esperando algún reproche. Pero yo no era quién para reprocharle que hubiese atendido tan bien a los reclamos de su hambre. De manera que nos miramos, nos oímos, resoplamos, nos despedimos de los viejos tiempos y comprendimos de una vez por todas que el mundo da vueltas y vueltas como una calesita, y que a veces lo deja a uno patas para arriba, muy lejos de la sortija.

Al día siguiente, un poco más recuperados de nuestros golpes, empezamos la mudanza hacia otros barrios menos temperamentales y más propicio para los hambrientos. Caminábamos por el terraplén y de a ratos por las vías, saltando los durmientes, ansiosos por toparnos con algún ratón, cuis, culebra o sapo (ya que no había heredado yo las delicadezas de mi madre y me sentía perfectamente dispuesto a desayunar batracios).

No sé si nos faltó la suerte o nos quedó corta la astucia, pero lo cierto es que no encontramos ningún vivo dispuesto a convertirse en almuerzo. Aunque encontramos en compensación muchas bolsitas de plástico, que el Huesos insistía en mordisquear a pesar de su asqueroso olor a nada, un par de latas vacías donde quedaron sepultadas cuatro o cinco arvejas, que se nos dio por chupetear y nos valieron algunas cortadas menores en el morro y lengua, y afortunadamente, encontramos un par de zapatos grandes, con cordones, que ablandados a fuerza de saliva y paciencia, resultaron lo más nutritivo de la jornada.

Ya llevábamos dos días de marcha cuando de pronto vemos aparecer, por detrás de la alambrada del terraplén, que siempre estaba llena de campanillas azules, un animal desconocido. Inmenso como un camión, aunque no echaba humo ni rugía. Sin pelos, color ratón y mas bien apolillado. Con piel de zapato, aunque era evidente que zapato no era porque se movía por sus propios medios. Tenía ojos, además, y **orejas** también, abundantes y pantallosas, que nada tenían que envidiarle a las mías. Aunque se ve que el pobre había salido deforme y mal barajado, porque de entre medio de sus ojos, en lugar de

morro, nariz o pico, le salía un brazo redondo y blando, largo hasta el piso, como una longaniza gigante, gordo y con dos dedos chiquitos en la punta, que subía y bajaba, subía y bajaba (se me hizo que al vernos llegas, el gigante amable nos saludaba).

Pero no consideramos prudente contestar al saludo, más bien nos aplastamos contra la vía y nos quedamos mirando. Se cansó de saludar por fin y decidió darle mejor uso a su brazo-longaniza: lo estiró hasta las campanillas del cerco y con los dos deditos esos que tenía, arrancó una ristra; después enroscó el brazo, con bastante elegancia debo reconocer, y se metió las campanillas en la boca (si es que puede llamarse boca a esa ranura puntiaguda como pico de urraca que se le abría y se le cerraba debajo del extraño brazo).

Suspiramos con cierto alivio al comprobar que el pobre grandulón era loco por la ensalada, pero no por eso bajamos la guardia: como **perros** pobre que éramos siempre fuimos precavidos. Nos alejamos un trecho, agachados siempre, y en cuanto vimos la ocasión, nos escurrimos por un hueco que había en la alambrada para averiguar si donde criaban bichos tan grandes también había grandes comidas.

Comida no vimos en un primer momento, pero sí otros bichos tan desconocidos para nosotros como el zapato gigante, y según mi modesto entender, tan pero tan feos que jamás podrían haber conseguido el puesto de mascotas. Había uno, peludo y de cola larga que me hizo acordar al pequinés de la tía Dora, igualito de chillón, aunque con el pelo más corto y sin hebillas, al que se le daba por caminar en dos patas, haciéndose el humano; se paseaba de un lado a otro arrastrando un balde vacío, cada tanto se sentaba en el suelo, dejaba el balde y se rascaba la cabeza. Para colmo iba vestido con una pollerita a lunares mucho más ridícula que las tricotas que nos obligaba a usar Dora. Los otros tres que andaban por ahí sueltos eran un poco más pasables; parecían caballos, pero seguramente eran cruce con algún pajarraco, porque tenían un mechón de plumas en la cabeza. Había otro monstruo más, que menos mal que no lo tenían suelto sino en una jaula, como si fuese canario; porque se parecía muchísimo a un gato, y a mí los gatos nunca me parecieron tipos de confianza.

El Huesos, menos curioso que yo y más hambriento, cruzó decididamente el terreno y enfiló hacia lo que parecía una casa, sin ventanas, blandita y atada con riendas. Al rato empezaron a aparecer humanos. Supongo que algunos de ellos habían pasado por manos de la tía Dora porque usaban ropa muy extraña y colorida, escarpines gigantes, barbas trenzadas, y hasta uno tenía prótesis como mi rabo mecánico, pero largas y en las patas. De todos modos no parecieron interesarse en nosotros. Es más, debo admitir a riesgo de dejar un poco descuidado mi orgullo, que daba la impresión de que ni siquiera nos veían. Por un momento pensé que los dos días de hambruna que llevábamos encima ya nos habían vuelto invisibles a los dos. Pero el Huesos se rascó la oreja con mucho entusiasmo y no le sonó el esqueleto, de modo que llegué a la conclusión de que estaban todos muy ocupados

y demasiado rodeados de animales extraños como para prestarles atención a dos **perros** vagabundos.

Detrás de la casa con riendas encontramos el tacho. El tacho maravilloso. El gran tacho. Lleno hasta el tope de deliciosa basura, y perfectamente alcanzable, no como las bolsas del barrio que acabábamos de abandonar, que estaban siempre trepadas a unos arbolitos de alambre y resultaban tan inalcanzables como ciertos canarios. No era cuestión de elegir, como en las excursiones carniceras. El tacho era una especie de guiso total, oloroso, medio tibio porque le había pegado el sol todo el día, donde era muy difícil diferenciar un fideo de un piolín, un hueso de una tuerca. Pero todo estaba cubierto por un juguito más bien oscuro, muy nutritivo, y que hambrientos como estábamos nos resultó delicioso. Exploramos con energía ese mar tormentoso y nuestra devoción tuvo recompensa: el Huesos encontró dos papas enteras y un pellejo, y yo un hueso con cuero y un marlo con cinco granos de choclo.

Nos pareció un barrio apropiado para afincarnos. Y ya no apropiado sino francamente seductor me pareció a mí cuando salió ella, la más hermosa de todas, a olisquear los yuyos. Era blanquita, lindísima, muy peluda (como a mí me gustan), con el hocico en punta y los ojos brillantes u las **orejas** erguidas, en punta también, vibrantes, complemento perfecto a mis **orejas** lacias y caídas. Y sobre todo irradiaba un olor maravilloso, que parecía flotar alrededor de ella acompañándola mientras se iba internando por el baldío y llamándome a mí para que me acercara, para que entrara en esa nube perfumada que me prometía delicias nuevas, jamás imaginadas.

Abandoné el tacho, cediéndole con gusto al Huesos el resto del botín, y guiado por mi nariz capitana, me metí yo también entre los yuyos, diciéndome por primera vez en la vida que el hambre podía esperar. En cuanto me le acerqué noté que no era orgullosa. Se dejó oler. Y aunque hubo un par de veces en que dio vuelta la cabeza mostrándome unos dientes filosos y blancos, y después hasta me pellizcó un flanco con ellos, era evidente que no le disgustaba del todo mi pobre compañía.

La perseguí durante un buen rato. Ella se escapaba corriendo hasta algún yuyo lejano, y me esperaba. Me esperaba "a mí", y eso era lo extraordinario. A mí, roñoso y sarnoso como estaba, ella dejaba que me acercara hasta casi tocarla, y después ora vez corría, y me esperaba. Entonces me envalentoné. La busqué más decidido. Ella se dejó alcanzar; me di cuenta de que me aceptaba. El corazón me dio un vuelco y todo el cuerpo se me derramó detrás de él. Me trepé a ella entonces, resuelto a apropiarme de ese olor que me volvía loco. Sentó las cosquillas de sus pelos tibios en mi panza, y durante un rato, un rato pequeño tal vez pero también eterno, no necesité nada, nada más que eso que tenía en ese momento, y me olvidé de mi hambre, y de mi pobreza, y de las **desventuras** que tal vez me aguardaban. Una vez más, como cuando lograba de cachorro prenderme a la teta rebotante de mi madre, yo estaba feliz, dueño de toda la felicidad del mundo.

CAPÍTULO VIII.

Donde explico por qué me hice y me deshice perro de circo.

Cuando, todavía un poco mareado por mi gozosa estadía en el territorio del amor, volví al lado del Huesos, que seguía escarbando las pocas delicias que quedaban en el tacho, la decisión ya estaba tomada: nos quedábamos allí, en ese sitio extraño donde la felicidad parecía estar al alcance de la pata.

No quisimos presentarnos de buenas a primeras a pedir trabajo. Durante un par de días vivimos clandestinos, entre los yuyos, dispuestos a mirar, oler y oír con las **orejas** tensas, para aprender las reglas de ese juego nuevo. Cuando ya no quedaban humanos a la vista, tomábamos por asalto el tacho bienhechor. Y un rato después salía la Bella, así decidí llamarla, a hacer su ronda nocturna muy cerca de nuestro escondite. Yo aprovechaba esas ocasiones para hacer nuevas excursiones al continente del amor, flamante para mí, recién descubierto.

Hubo un par de ocasiones en que también el Huesos hizo algún amago de acercarse a Bella, seguramente también él seducido por ese olor insuperable, pero retrocedió de inmediato cuando yo, dispuesto a defender mi bien ganada dicha, le mostré los dientes en lo que no podía interpretarse de ninguna manera como una sonrisa. Sin embargo, Bella no fue motivo de discordia entre nosotros, porque lo cierto es que para el Huesos el amor jamás podía ser competencia para el hambre. Para él la felicidad estaba en el tacho, algunas veces más nutritivo que otras, pero siempre suficiente para aplacar las punzadas que volvían, una y otra vez desde las tripas.

Durante esos días de observación y disimulo logramos aprender un número suficiente de cosas. Yo, alterado por mis pasadas experiencias con los humanos, prestaba especial atención a los nombres, sabedor de lo importantes que son para entrar en tratos con ellos. Tres o cuatro días de observación me bastaron para elaborar un glosario mínimo que nos trajo mucho alivio: "casa con riendas + monstruos" = CIRCO; "zapato gigante apollado con longaniza en la punta" = ELEFANTE; "pequín en dos patas" = MONO... etc., etc. En fin que, concluido el glosario consideramos que podíamos perfectamente presentarnos a buscar trabajo. No nos parecía difícil... al fin de cuentas éramos artistas.

Según pudimos averiguar casi de inmediato, la bella junto con otras perras viejísimas y medio peladas, formaba parte de un número de destreza canina, en el que se trataba de demostrar que los **perros** pueden hacer las cosas exactamente igual que los humanos, cosa definitivamente más probable que lo inverso, pero de todos modos nada sencillo. La Bella, vestida con un traje de tul brillante, hacía equilibrio sobre una sogá, mientras sus dos abuelas (porque no podrían ser otra cosa) sostenían dicha sogá con los dientes. Una mujer vestida de rojo se encargaba de vigilar que todo sucediese como estaba previsto. Nada más. Nos pareció sencillo.

Nos hicimos notar. Yo poniendo mi mejor cara de perrito orejudo, y el Huesos haciendo gala de su famosa aunque silenciosa destreza candombera. Por fin llamamos la atención. Nos contrataron, supongo porque temían que las dos venerables abuelas de la Bella estuviesen por abandonar el espectáculo de un momento a otro. De nosotros dos el verdadero artista siempre fue el Huesos (no hay muchos **perros** capaces de hacer lo que él hace con el

cuerpo), pero tuvieron la gentileza de contratarnos a los dos: al Huesos para **perro** bala y a mí para perrito saludador.

Enseguida nos aprendimos la rutina. Nuestro número constaba de dos partes: primero la Bella en su acto de equilibrio, luego Huesos en su papel de **perro** bala, vestido con una tricota a rayas y una capa llena de estrellas, que salía disparado de un cañón dorado colocado en el medio del escenario. Estruendo, humo, el Huesos que volaba hasta caer en la red de las gradas, y entonces el gran final: platillos, música, y yo, que daba varias vueltas en la arena, caminando en dos patas y llevando en la boca una banderita con el dibujo de un sol.

No es que fuera fácil. Fácil no era: caminar en dos patas me exigía mucho esfuerzo, y por lo general quedaba con un terrible dolor en el lomo, y supongo que para el Huesos no sería sencillo soportar el horrible estallido del cañón en plena oreja. Pero nos esforzamos, porque para un **perro** vagabundo no es fácil conseguir empleo. Y lo logramos: la mujer de rojo nos palmeaba la cabeza a cada rato, y nos daba terrones de azúcar.

Hubo cinco o seis días de ensayos y después el debut, con las luces y el público, que se sentaba a mirarnos en las gradas. No creo faltar a la modestia si digo que fuimos un éxito; nos aplaudieron mucho. El final fue mas bien emocionante: todos estábamos contentos, con nuestros terrones de azúcar en la boca, la Bella y yo saltábamos en dos patas y haciendo reverencias, y el Huesos cansado pero feliz luego de su viaje por el espacio, bajando de la red y despidiéndose de sus admiradores con un extraño candombe, mudo pero muy inspirado.

En fin, que todo parecía andar sobre ruedas. Nos llevábamos de mil maravillas con la mujer de rojo y dormíamos cómodamente debajo de su carromato, comíamos de un plato de lata, sin necesidad de treparnos al tacho (aunque creo que el Huesos extrañaba un poco el juguito del olor indescriptible) y yo podía salir tranquilamente con la bella a encontrar la felicidad entre los yuyos. Pero el mundo-calesita dio otra vuelta, sobrevino el accidente y descarriló nuestra felicidad, de buenas a primeras.

Y todo porque el Huesos se seguía deshuesando. Una vez vuelto a la sana tradición de comer todos los días, siguió rellenando el pellejo, lenta, imperceptible pero implacablemente, y un día, un par de semanas después de habernos iniciado en ese contrato, el relleno resultó excesivo.

El número comenzó como de costumbre: La bella hizo su equilibrio sobre la cuerda, aunque esta vez tuve que sostener yo una de las puntas ya que la más venerable de las abuelas acababa de perder sus dos últimas muelas, y después hizo su aparición el Huesos, con su traje brillante. La mujer de rojo lo metió en el cañón, encendió la mecha, rugió la pólvora, el público exclamó... pero el Huesos no voló. Ni cerca ni lejos. El pobre había quedado atorado en el cilindro dorado, que ese día, por primera vez, había resultado demasiado estrecho, y colgaba ahora de una pata, con más de medio cuerpo afuera, quebrado seguramente, asustado y aullando de dolor.

Le ladré, aullé con él, quise acercarme para lamerle la herida. Pero la mujer de rojo no me lo permitió. Por

primera vez noté que no tenía una sino dos manos, y que si bien en una de ellas tenía terrones de azúcar, en la otra tenía una púa, larga, feroz, maldita, que me clavó sin piedad en el lomo obligándome a caminar en dos patas, a agitar mi banderita, mientras sonaban los platillos y la música y los gritos de la gente y los aullidos del Huesos, que un payaso llevaba en brazos fuera del escenario.

Cuando terminó la función le entablillaron la pata, no demasiado bien supongo, porque nunca más se recuperó de su renquera, y yo pude por fin ir a oler a mi amigo y a lamerle las tristezas. Me quedé al lado de él toda la noche. Tenía los ojos fijos, opacos, no dormía. La mujer de rojo vino a la mañana a tocarle la pata. Yo le gruñí por lo bajo porque me pareció que esgrimía la mano de la púa.

Nos despidieron a todos. El número ya estaba arruinado: resultaba demasiado caro hacer otro cañón dorado y era imposible imaginar que el Huesos pudiese volver a bailar un candombe de los suyos; por otra parte, supongo que a mí me veían menos manso que antes, y de

las abuelas de la Bella había una que ya ni era capaz de mantenerse sentada en el escenario. La única que conservó el trabajo fue Bella: la iban a incorporar al número de los hermanos Anthony, que era muy semejante al nuestro pero más peligroso, porque sucedía en el techo de la carpa, por encima de una red muy calada, muy abierta, que podía muy bien sostener a un Anthony pero que lamentablemente era incapaz de atajar a una caniche toy blanca, si acaso la pobrecita perdía el equilibrio allá arriba, cegada por las luces.

Fue una despedida muy triste. Quise convencerla de que se viniera con nosotros, pero no quiso. Se quedó ahí sentada después de la función, con su traje de tul y los ojos fijos en algún punto del aire. Después se levantó y se fue apartando, rumbo a su carromato, y el olor, ese olor maravilloso, inolvidable, el señor de las alegrías, se fue adelgazando y adelgazando en el aire hasta volverse un recuerdo.

CAPÍTULO IX.

Donde me entero del destino que merecen (o merecemos) los perros vagabundos.

Nos alejamos los cuatro, las dos abuelas de Bella, el Huesos y yo, de ese sitio donde hasta hace unas pocas horas habíamos sido grandes artistas. Íbamos junto al terraplén, como siempre, porque es mejor tener un camino que no tener ninguno, y algo nos decía que las vías siempre llevan a alguna parte.

Pero de cuatro que éramos al empezar la caminata, al rato fuimos ya sólo dos, y uno renco, porque las dos abuelas, agotadas, decidieron quedarse a la orilla del camino, confiando tal vez en que la mujer de rojo terminara por extrañarlas un poco y decidiera venir a buscarlas. El Huesos y yo no esperábamos nada más ya de ese sitio.

Caminábamos en silencio al principio, pero al rato yo empecé a chumbarle a cualquier cosa que se moviese por ahí cerca. Para decir verdad, ladraba sin ganas, pero suponía que el barullo podía ayudar al Huesos a levantar ese ánimo maltrecho que llevaba arrastrando por el piso como una bandera rota.

De a ratos caminábamos por entre los durmientes, según nuestra costumbre, pero hubo un percance que nos convenció de que era mejor caminar entre los yuyos: se oyó la bocina del tren, temblaron los rieles, yo pegué el salto hacia el costado, pero el Huesos renco como estaba y todavía entablillado, no pudo arreglárselas con tres patas para salir del pozo que se formaban entre los durmientes. Me puse a correr de un lado a otro como un loco, ladrándole para incitarlo al esfuerzo. Lo logró por fin, apenas unos segundos antes de que por ese mismo sitio pasaran, filosas, pesadas y severas, las ruedas del tren.

Después de ese episodio dramático nuestra marcha fue más o menos tranquila, pero cada vez más penosa, porque volvió, puntual como siempre, y hambre, y era más difícil que nunca aplacarla. De dos cazadores que habíamos sido, ahora sólo éramos uno y medio, y menos aún si consideramos que ya no contábamos con el recurso del hechizo candombero. Tuvimos varios encuentros con ratones, gordos y flacos, y oscuros y claros, posiblemente muy hechizables, pero lamentablemente también rápidos,

escurridizos y astutos, que de ningún modo estaban dispuestos a dejarse caer en nuestras mandíbulas sin al menos recibir algún espectáculo a cambio.

Mermaron las latas, desaparecieron los zapatos, y por fin, muy a nuestro pesar, no tuvimos más remedio que abandonar el terraplén e internarnos de nuevo en el territorio de los humanos, con la esperanza de que en ese barrio no tuvieran la maldita costumbre de enjaular sus bolsas de basura como si fueran canarios.

¡Qué barrio, amigos! La calesita volvía a girar, y esta vez sentí que el Huesos y yo andábamos cerca de la sortija, porque caímos en un lugar incomparable, o comparable mejor dicho con mis viejos recuerdos de mi primera infancia. Aunque con algunas diferencias que primero me sumieron en la confusión y luego avivaron en mí grandes y tal vez precipitadas esperanzas.

Yo había sido criado en la idea de que los **perros** pobres éramos muchos, muchísimos, incluso demasiados, y que la quinta, en cambio, la maravillosa quinta de la abundancia, era una sola. Pero en ese barrio las proporciones parecían cambiadas, y resultaba de pronto que había cinco o diez quintas en una misma cuadra, todas con sus parques, sus yuyos bien cortados y sus árboles podados en forma de cuadrado o corazón... y todas, seguramente con fondos en los que se alineaban parrillas atestadas de pollos, vibrantes chorizos, crepitantes achuras. Por algún milagro extraño para mí, del todo incomprensible, el paraíso, el auténtico paraíso, se había multiplicado. Y echando el cálculo de que **perros** hambrientos no se veían por ningún lado, comencé a relamerme pensando en la de sobras que podríamos llegar a cosechar. Y más me entusiasmé, y más saliva secreté, cuando noté que, seguramente por ese mismo milagro milagroso, ¡no había bestias a la vista! sino sólo mascotas, gordas y perezosas, que no llegaban a alcanzar la categoría de peligro.

Nos pasamos la mañana merodeando por la zona, siempre agachados, tratando de pasar desapercibidos, husmeando, explorando ese territorio que esperábamos

hacer nuestro para la hora del almuerzo. Y cuando el punzón de las tripas nos dio la hora señalada, comenzamos a acercarnos, prudentes pero en el fondo confiados, a una casa cercada con barrotes negros bastante espaciados, de donde emanaba ese característico olor a lo que tanto el Huesos como yo considerábamos nuestro plato favorito: la comida en cualquiera de sus formas.

No acababa yo de meter una pata y parte del morro por el hueco cuando el aullido taladrante del Huesos y luego un extraño ardor en el cogote y un tirón feroz en la cabeza me indicaron el final de mi fantasía. Ahorcados, casi colgados de poderosos lazos de cuero que resultaban mucho más imperativos que las blandas correas tornasoladas de la tía Dora, fuimos arrastrados entre aullidos y gemidos a un camión enrejado, donde otros vagabundos, otros caídos del mundo-calesita y otros hambrientos se amontonaban en desorden, con sus pelos, sus pulgas y sus ojos de miedo, sin saber a dónde iba a conducirlos la desgracia.

Fue un viaje atroz, en el que yo traté de entretener mi miedo haciendo un registro minucioso de la gran cantidad de olores que había ahí agolpados, y el Huesos se la pasó gimiendo y lamiéndose la pata, que había empeorado mucho con la violencia del secuestro.

Cuando entramos a la cárcel, el corazón me dio un vuelco tan drástico, tan profundo, que creí que ya nunca iba a poder levantarlo: todo lo que se veía y todo lo que se olía, las jaulas oxidadas, la mugre, el aserrín, el látigo de cuero que colgaba del cinturón de uno de los carceleros, los **perros** tirados en los rincones con el morro entre las patas y los ojos opacos, o lanzándose desesperados contra las puertas de alambre, que chirriaban pero no cedían... cada una de esas señales me anunciaba el final de todo, un mundo vacío y frío, en el que ya ni siquiera tenía sentido el olor de la Bella ni el viejo punzón del hambre.

Nos ubicaron de a dos o de a tres en cada jaula. Me mantuve hasta último momento lo más cerca posible del Huesos, en la esperanza de que nos permitieran compartir la celda. Pero en ese mundo de terror estaba escrito que no podía quedar en pie ningún consuelo: al Huesos, que rengueaba más que nunca, lo empujaron a fuerza de patadas hacia la jaula más chica, donde quedó sólo, a secas, sin siquiera un mísero tacho de agua. Yo tuve más suerte, supongo; caí con un cachorrito gritón, que lloraba sin parar, y con un abuelo más bien peludo, bastante sarnoso y con cara de astuto.

No tardé en notar que las celdas de esa prisión se dividían en dos clases: las secas y las mojadas. Las que, como al Huesos, no tenían ni un asomo de agua, y las que, como la mía, carecían de todo menos de una gran lata donde empapar la lengua. Sentí de pronto un fogonazo de comprensión que me dejó aturdido: las celdas secas eran para los **perros** si remedio, para los definitivamente condenados. Efectivamente, al rato de estar encerrado comenzaron a desfilar las visitas: humanos de distintas

edades, hombres y mujeres, a veces con sombrero, otras con mochilas, que se asomaban a mirarnos en las jaulas... pero sólo visitaban las jaulas mojadas. A las jaulas secas ni las miraban. No tardaron en llevarse al cachorrito; se lo llevó en brazos un chico despeinado, que lo acariciaba y retaba al mismo tiempo; iba contento el pobre cachorro, moviendo el rabo, feliz con su destino de mascota. A un dálmata altísimo, con la oreja partida, se lo llevó una mujer joven, toda vestida de cuero y que también era alta. Se fueron uno con pinta de collie, un ovejero, dos salchichas medio mestizos, un símil pomeranian... y yo esperaba, sintiéndome partido en dos, dividido.

Una parte de mí estaba en mi celda, junto al abuelo astuto, tratando de imaginar quién podría interesarse en un **perro** chico, orejudo y chueco, sucio y medio sarnoso; y mi otra parte estaba tirada junto al Huesos, en su celda mínima y espantosamente seca, sintiendo que la lengua se le pegaba cada vez más al paladar, y la certeza de que se me iba alejando para siempre la raya luminosa de la vida, de que esta vez la calesita me iba a arrojar tan pero tan lejos que iba a ser imposible volver a treparme en ella. Tanto tiempo de compartir **aventuras** y **desventuras** nos había vuelto al Huesos y a mí casi indistinguibles.

No hubo visitas que se interesaran por mí esa tarde, pero al día siguiente llegó el juguetero (que dadas las circunstancias me vi obligado a ver como un santo bajado del cielo). En rigor, sólo supe que se trataba de un juguetero bastante después, cuando me fui poniendo al tanto de las características que tenía ese contrato nuevo que me salvaba de una muerte segura. En el primer momento, fue sólo un señor gordo, redondo como la luna, e igual de pelado, que traía un portafolios en la mano y usaba una corbata llena de pájaros y un saco de botones brillantes. Supongo que en materia de **perros** era más bien ignorante, porque se acercó a la celda, se frotó los dedos de la mano derecha frente a mis narices, y me llamó con voz ronca "¡Mish, Mish!". Yo opté por alto la inconveniencia (dado que no había lugar para mi orgullo), le sonreí lo mejor que pude con el rabo y le dediqué mi mejor cara inclinada de orejudo bueno. Surtió efecto (lo que no deja de asombrarme puesto que mi aspecto general era de bicho sarnoso).

- "Me llevo ése, es el más ridículo" - le dijo al carcelero, y le dio un billete. En cuanto me sacaron de la celda, con una correa trenzada que me pareció espantosamente femenina, tiré con todas mis fuerzas hacia la esquina donde sabía que estaba el Huesos. El gordo se resistió; era fuerte, y tal como iba a confirmarlo luego, también era tozudo. Lo único que pude ver de mi compadre fue la punta del hocico, con la lengua afuera, los ojos fijos en el aire y las **orejas** gachas. Sentí que la tristeza me cubría entero, como una manta fría, oscura y fea. Al salir de la prisión pasamos junto al carcelero que estaba recibiendo un par de visitantes nuevos.

- "Vamos, **Trux**" - me dijo el gordo, y salimos.

CAPÍTULO X.

Donde relato algunos de los peligros q deben afrontar los prototipos.

En cuanto me enteré que mi nombre oficial había pasado a ser **Trux**, volví a experimentar esa especie de

desmayo, esa horrible sensación de disminución en nombre propio que había sentido cuando la tía Dora me

rebajó de Toto a Lord de un plumazo; mi premonición había terminado por volverse cierta y ahora mi nombre era solo un estornudo. ¿Y qué me quedaba por delante ahora? Silencio y nada. La nada me amenazaba como un abismo y yo sentía vértigo al asomarme; me dije que seguramente la calesita de mi vida había dado demasiadas vueltas y yo me había mareado.

Ya era de noche cerrada y también mi alma estaba anochecida cuando llegamos al galpón donde se iba a desarrollar mi vida como prototipo.

Si la vida como aspirante a mascota tiene sus inconvenientes, no quieren enterarse de lo complicada que es la vida de un prototipo. Tampoco quieren saber lo peligroso que puede resultar un juguetero terco, uno de esos que no se conforman con fabricar pelotas, muñecas o sonajeros, sino que quieren sacar un juguete nuevo cada tres meses, es más: que están dispuestos a convertir el mundo entero en un juguete.

No es que me tratase mal, de ningún modo. Es más, tenía agua, comida más que suficiente, aunque no tan escogida como la de la tía Dora, y un rincón ni caliente ni frío donde echarme. Pero lo malo eran los prototipos, lo malo era el destino de juguete que tenía por delante.

Admito que cuando entré por primera vez a ese galpón, yo de juguetes no sabía prácticamente nada. Había decapitado a un par de muñecas, eso es cierto, pero de ninguna manera se podía decir que los juguetes ocupaban un lugar importante en mi vida. Sin embargo hoy me puedo considerar casi un experto. Y no porque mi estadía en el galpón haya sido demasiado prolongada sino porque mi estrecha convivencia con los odiosos prototipos me bastó para enterarme de importantes pormenores vinculados con la fabricación de juguetes.

En realidad me pasaba el día rodeado de juguetes. Había juguetes por todas partes. En el centro, cuidadosamente ordenados sobre una gran mesada, estaban los prototipos de los inventos más famosos de mi también famoso juguetero, y en los estantes que había contra las paredes se alineaban copias y más copias de esos mismos prototipos, en distintos tonos y tamaños. Los juguetes se convirtieron en compañeros inseparables, y no me faltó el tiempo ni la ocasión para explorarlos.

Con eso quiero decir que no sólo los miré y los olí, sino que también los lamí y hasta mordisqueé un poco cuando se presentó la oportunidad. El resultado fue sencillamente desalentador, y confirmó mi vieja teoría de que los humanos son una especie desconcertante: eran los juguetes más aburridos del mundo. ¿Cómo podría haber alguien dispuesto a jugar con esas cosas?

Para empezar, ninguno tenía olor, mas bien tenían olor, una especie de olor a nada que resultaba verdaderamente nauseabundo. Tampoco eran blandos, o crocantes, o jugosos, o pegajosos siquiera, no tenían nada en lo que valiera la pena hincar el diente. Para no hablar del sabor, tan inexistente que ni siquiera le llegaba a los talones al de los muy poco atractivos "dólares al jamón" que me había comido en la infancia.

Y para colmo, aunque todos hacían algo - se movían, se hamacaban, escupían, rugían o brincaban -, nada de lo que hacían podía ser de interés ni utilidad para nadie, **perro** o humano. "Mi pequeño sistema planetario", por ejemplo, que estaba en una punta de la mesada, consistía

en unas cuantas bolitas que daban vueltas y vueltas alrededor de una bola más grande y brillante. La bola brillante era más o menos divertida de mirar, pero las otras eran completamente zonzas, monótonas, insulsas, y con las vueltas que daban terminaban por darme sueño (varias de mis siestas en el galpón se iniciaron precisamente junto a ese juguete). También estaba "Mi pequeña lustraspiradora", que hacía un ruido insoportable, "Mi pequeño fax", que se la pasaba escupiendo papeles (en lugar de chorizos, lo que lo habría convertido en un juguete mucho más atractivo), "Mi pequeño dinosaurio miope" (que se quitaba y se ponía los anteojos), "Mi pequeño minifón" y "Mi pequeña trituradora" a la que nunca me acerqué demasiado.

Pero el peor de todos en mi opinión - y el que más contento tenía al juguetero - era "Mi hermanito preferido", que ocupaba el sitio de honor.

"Mi hermanito preferido" era un verdadero asco.

Está claro que los humanos son francamente menos interesantes que los **perros**, aunque eso no sea algo que se les pueda reprochar; sencillamente no huelen tanto, o dicho en otras palabras, no tienen tanto para decir como un **perro**. Pero, con todo, sus olores tienen, y hasta olores muy agradables. Las enruladitas por ejemplo, tenían un olorcito muy interesante que les manaba detrás de las **orejas** y el cogote, especialmente cuando habían corrido conmigo por la vereda. Y los pies de la tía Dora, también tenían su encanto, aunque ella se empeñara en ocultarlo detrás de un talco mas bien inmundito.

¿Y qué hace un juguetero cuando quiere fabricar un prototipo humano? En lugar de imitarle los olores, y mejorárselos, hacérselos más atractivos, más intensos, va y se los hace desaparecer, lo desodoriza, sin darse cuenta de que con eso le arranca todos y cada uno de sus encantos.

"Mi hermanito preferido" estaba total, completa y definitivamente desodorizado. Y eso que contaba con su control remoto que le permitía hacer pis y caca, pero sin olor. ¿Y de qué pueden servir un pis y una caca sin olor, que ni siquiera son capaces de dejar el recuerdo de uno para el mundo? "Mi hermanito preferido" además se reía, lloraba, babeaba, decía ajó, y se llevaba la mano a la oreja cuando le venía un súbito dolor de oídos. Pero oler, eso sí que no. Uno podía atacar a dentelladas la botonera del control remoto que "Mi hermanito preferido" jamás iba a hacer algo que tuviera olor.

¡Cómo odiaba a "Mi hermanito preferido"! Lo veía ahí, sentado en su cochecito encima de la mesada de honor del galpón, con su cara de plástico liso, y sentía que se me revolvían las tripas. Porque "Mi hermanito preferido" era el cuerpo de la amenaza: al fin de cuentas, ya había oído decir en varias oportunidades que **Trux** - es decir yo-también debía ser prototipo.

La de noches que me desperté gimiendo en medio de mis pesadillas, imaginando que venía un ejército de jugueteros con cara de luna dispuestos a bañarme y a frotarme hasta arrancarme el último y más pequeñito de mis olores, y después a multiplicarme por diez mil, por cien mil, por millones de **Trux** (que ya ni siquiera podían recordar que habían sido un día **Orejas**, Totos, Lords, y perritos saludadores) y que se alineaban con cara de idénticos en los estantes.

CAPÍTULO XI.

Donde explico las razones por las cuales no tuve más remedio que recurrir a la violencia.

Ya dije que los primeros tiempos, pesadillas aparte, fueron en cierto modo livianos. Mi trabajo era sencillo: consistía en quedarme lo más quieto que me fuera posible encima del tablero, soportando que el juguetero y sus cuatro técnicos me midiesen de arriba abajo, no sólo el largo de las patas, la alzada o las **orejas**, sino también el rabo, el morro, las uñas, las pestañas y el pito.

Noté que iban registrando todo lo que medían en una planilla y confieso que sentí cierta inquietud. Recordaba perfectamente lo mucho que había desilusionado a la tía Dora el día de mi primera inspección y temía que mis proporciones desilusionasen también a ellos. Una desilusión de mi juguetero podía terminar de tres modos diferentes según mis cálculos. Uno: podía suceder que el juguetero sencillamente me expulsara del galpón y me invitara a retomar mi vieja vida de vagabundo (que era sin duda la mejor alternativa). Dos: podía suceder que me devolviese a la cárcel (donde ya no iba a encontrarme con el Huesos y posiblemente ni siquiera con el abuelo astuto). O tres: y esta es la alternativa más temible, podían utilizarme como carne de cañón, como víctima de ensayo (había que tener en cuenta que “mi pequeña perforadora”, “mi primera silla eléctrica” y “la bomba H bun-bun” eran prototipos que estaban en plena elaboración).

Sin embargo, no los desilusioné en absoluto. Y aprendí que hay gustos para todo y que mientras algunos humanos aspiran a **perros** irreprochables y heroicos, hay otros que se inclinan más bien por los risibles.

La etapa de las primeras medidas terminó, y los días que siguieron fueron tan serenos, tan tranquilos, que yo empecé a fantasear que tal vez mi tarea ya estuviese concluida, y a decirme que si tenían la delicadez de seguir trayéndome agua y comida, era sencillamente porque habían simpatizado conmigo. Pero no. La vida de un prototipo es ardua y suele terminar en forma violenta.

Me enteré de que yo estaba llamado a ser “Trux, mi mascota preferida”.

Era un dato para tener muy en cuenta: dado el famoso asunto de los hombres y los nombres, significaba que yo no estaba destinado a ser un prototipo más sino uno de los favoritos, un prototipo principal, y que ya tenía reservado un lugar de honor en la mesada principal junto a “Mi hermanito preferido”. Supongo que en otras circunstancias, eso debería haberme henchido de orgullo, pero mi experiencia con los humanos (que a esta altura de mi vida era mas que suficiente), me empujaba irremediamente hacia la desconfianza (una desconfianza que a la postre, resultó justificada).

Pronto supe que mi camino estaba lleno de espinas, de baches y de latas oxidadas. Estaba escrito que si ser mascota no era moco de pavo, mucho más arduo era ser un **Trux**, o al menos un **Trux** a gusto del juguetero.

Al parecer, es mucho lo que se espera de una mascota, o en todo caso muchísimo más de lo que se puede esperar de un hermanito. Porque si bien alcanzaba con que un hermanito preferido hiciera pis y caca, se riera, llorara, dijese ajó y sufriese de otitis, un perrito mascota (es decir

Trux, yo mismo), tenía que ganarse en forma menos sencilla la preferencia. En pocas palabras: mi botonera (porque también tendría motoneta propia), debía responder a los siguientes comandos, a saber: “Trux estornuda” (el más incómodo), “Trux hace pipí” (el más ridículo), y los otros tres que voy a denominar sencillamente como crueles: “Trux camina para atrás”, “Trux siente miedo”, “Trux se hace el muerto”.

Mi trabajo consistía por supuesto en hacer de modelo. El prototipo debía ser una copia exacta de mi persona, aunque convenientemente desodorizada, por supuesto, de modo que se trataba de que yo estornudara, hiciera pis, caminara para atrás, tuviera miedo y me hiciese el muerto. Y no una sino varias veces, innumerable cantidad de veces, para que los técnicos en animación de prototipos tuviesen ocasión de captar cada milímetro de mis movimientos.

Con el fin de estimularme en mi tarea, el juguetero trajo al galpón una serie de elementos que pasaré a denominar a partir de ahora los “instrumentos de tortura”.

Para empezar: la pimienta. Cubrió el galpón de pimienta, en el piso, sobre la mesada, hasta adentro de los otros prototipos había pimienta. Adentro de los bolsillos del delantal de “Mi abuelita cuentacuentos”, en las tripas de “Mi enanito desarmable”, en la palanca de “Mi primera compactadota” había un polvito impalpable que en un primer momento me pareció una verdadera bendición en ese sitio desprovisto de olores, pero después del vigésimo quinto estornudo, cuando los ojos me empezaron a chorrear y el hocico me empezó a arder como una brasa, se reveló como lo que era: un invento infernal.

Para que hiciese pis de manera mas pintoresca trajeron al galpón un arbolito, de plástico también el pobre, y lo menos estimulante que un **perro** pueda imaginar. Pero, considerando que la pimienta me obligaba a tomar varios litros de agua por día, no tuve mas remedio que aceptarlo como pareja u desahogarme junto a él con cierta frecuencia. Pero ¡Qué tristeza amigo! ¡Q aburrimiento! Hacer pis es para un **perro** una actividad decididamente emocionante, creativa, fantasiosa incluso, que lo va llevando de un sitio a otro, y le permite explorar, husmear, y elegir dónde dejar apenas un par de gotas y donde chorrear finalmente un chubasco. Pero hacer pis se convirtió ahí dentro en una verdadera tristeza. Tan pero tan triste que debo confesar que, una vez cerrada esa molesta etapa de mi vida, me llevó cierto tiempo recuperar la alegría de mear el mundo.

Pero aunque estornudar fuese molesto y hacer pis fuese triste, de ningún modo podían compararse con las otras tres pruebas, que se realizaban juntas, y que eran decididamente feroces, dolorosas e imperdonables.

Está claro que para el juguetero no había nada más importante que el prototipo, que nada lo apartaba del camino al prototipo, aunque ese camino estuviese sembrado de angustias.

Instalaron en el medio del galpón una plancha de metal brillante, bastante ancho, que lo cruzaba de lado a lado y que inevitablemente se interponía en mi camino a la

comida. Esa plancha se convirtió para mí en la boca del infierno.

El hambre me punzaba, como siempre, y veía las tiras de falda jugositas, los medallones de caracú que parecían llamarme desde el otro lado del galpón. Acudía, fiel, a la llamada Y ahí era cuando se echaba la suerte: a veces era el cielo y otras veces el infierno. En ocasiones, cruzaba la plancha sin problemas rumbo a mi felicidad, pero otras veces (y era imposible saber cuándo) bastaba que pusiese una pata en la plancha maldita para que me atravesase el cuerpo algo así como una jauría de bestias al galope, un chorro de urracas que me clavaban los picos en la carne, todas al mismo tiempo, un tren que me taladraba los pulmones, el corazón, el cerebro y se convertía sin permiso en la sangre de mi cuerpo. No puedo asegurarlo, porque no eran momentos en los que yo pudiese mantener en alto mis pensamientos, pero era probable que esos dolores feroces e intolerables me hicieran temblar, caminar para atrás (para alejarme de ese infierno), y por fin, cuando el dolor llegaba al punto más alto, morir. Morir casi, y no hacerme el muerto, como decía la motoneta. Morir directamente, quedar tirado, rígido, con el corazón palpitando como una bomba enloquecida y con los ojos abiertos y fijos, porque hasta los párpados se me habían endurecido de terror.

Comencé a alimentar un gran rencor contra mi juguetero, un fuerte deseo de venganza. Lo veía llegar con

sus cuatro técnicos, con su cara de luna y sus corbatas de pájaros, y sentía un deseo enorme de castigarlo. Era el culpable de que yo hubiese perdido, en ese horrible encierro, la alegría de hacer pis y la dulce felicidad de satisfacer el hambre.

Me dediqué a juntar rabia, a vigilarlo y a esperar el momento.

Y el momento llegó. El mundo calesita dio otra vuelta y tuve ocasión de zafar de esa vida insoportable y de cumplir, a la vez, con mi revancha.

Fue una tarde (fresca, según pude enterarme después). El juguetero entró al galpón muy apurado, corrió a la mesada, agarró con una mano el prototipo de “mi pequeña perforadora” y con la otra el de “Mi primera silla eléctrica” y pasó a mi lado sin verme. Pero yo sí lo vi. Y lo oí, y lo recordé, y sentí que mi pobre dentadura, que no me había servido de gran cosa en mis empresas cazadoras de la infancia de pronto se preparaban para dar el golpe certero. Le atrapé la pierna al vuelo, hundí con alegría mis cuatro colmillos en esa carne dura y sentí enseguida un olor dulzón y sabrosito que jamás olvidaré mientras viva.

Solté la presa y salí por la puerta entreabierta, diciéndome que al fin de cuentas, mi botonera no tenía cinco sino seis botones: “Trux estornuda”, “Trux hace pipí”, “Trux camina para atrás”, “Trux siente miedo”, “Trux se hace el muerto”... y “Trux muerde”.

CAPÍTULO XII.

Donde queda comprobado que la soledad, a veces, puede ser peor que el hambre.

Salí y corrí. Corrí otra vez, sin norte y sin dirección, con el sólo propósito de encontrar algún sitio donde ya no tuviese que seguir pensando en huir y pudiese detenerme a pensar en hacia dónde encaminar mi vida.

No había porta **orejas** esta vez, ni correa tornasolada, ni rabo mecánico. Y la ausencia de todas esas cosas, que bien habría podido considerarse una ventaja, sólo servía para recordarme otra ausencia: La de Huesos.

Tirado en un terreno baldío, junto a una planta de hinojo, con el hocico hundido entre las patas, me acordé una vez más de mi amigo, arrancado a los tirones de la calesita, arrojado para siempre fuera del mundo. Y el recuerdo me atravesó de lado a lado el pellejo; fue como si “Mi pequeño taladro” me hubiese atacado de repente, hundiéndose en mi cuerpo y abriéndome un agujero negro hasta el fondo del alma.

No tenía rumbo ni método ninguno. NO sabía cómo iba a conseguir comida, ni dónde iba a pasar mis días, y tan desganado estaba que ni siquiera las dulces matas de yuyos que me rodeaban me incitaban a descargar el pis con alegría.

Cuando el hambre pinchó (porque mi hambre es infaltable. Ya lo dije, y ni siquiera en los momentos más tristes se ausenta) me puse en marcha. Anduve por Muchas calles. Escarbé basura. Comí pedazos de grasa tristes y fríos. Y cuando creía que ya nada podía llegar a interesarme, la calesita dio otra vuelta y recuperé de repente, como un estallido, la emoción de la vida. Me atraparon.

Y no fue un lazo esta vez, fue un perfume. Por un momento creí que podía tratarse de Bella, ya que los vahos me traían recuerdos de mis amores tempranos. Pero no, Oí con fuerza, me llené de olor y descubrí que allá en el fondo había un no se qué de diferencia, algo áspero e inesperado que me llenaba de fantasías. No era Bella, era la Negrita, como decidí nombrarla inmediatamente. Negra como yo. Más negra todavía, con el pelo espeso y brillante que le caía en grandes mechones ondulados sobre las patas, y un aire vagabundo y valiente que enseguida mereció mi aprecio.

Cruzó la calle. Y yo también crucé, como es debido. Se alejó y yo la seguí. La perseguí con entusiasmo durante cuadas y cuadas. Se metió por el hueco de un alambrado, y yo, como corresponde, tras ella.

Apenas si me detuve a mirar el paisaje: era un terreno sin árboles, son dos camionetas y varias montañas de frascos; me pareció tan bueno como cualquier otro para una cita de amor, incluso mucho mejor que muchos. Se detuvo y me miró. Me le acerqué, la olisqueé despacio: algo me dijo que no le resulté del todo indiferente. Se volvió a alejar y yo a buscarla. Era burlona, alegre, me gustaba mucho. Me dispuse a recuperar la felicidad al menos por un instante. Pero apenas habíamos comenzado nuestro juego cuando nos topamos con dos hombres vestidos de blanco que nos cortaron el paso y nos echaron unas mantas encima.

CAPÍTULO XIII.

Donde entramos a formar parte del Laboratorio de Belleza Eterna y a mí me acecha el destiempo, que no parece pero es un gran peligro.

Nos llevaron por el aire envueltos en las mantas, ciegos, y cuando volvimos a tocar tierra y a revisar el mundo con los ojos, estábamos en el Laboratorio de Belleza Eterna, como pude enterarme un poco después (y gracias, una vez más, a mi cuidado por prestar la debida atención a ese juego endemoniado de los nombres que se empeñan en jugar a todas horas los humanos).

Un laboratorio donde se fabrica belleza eterna no es demasiado diferente al galpón donde se fabrican prototipos (aunque, según se verá, también tiene su parecido a un circo); hay mesadas de mármol, estanterías y técnicos vestidos con guardapolvos. Sólo que en las mesadas para mí gran alivio no había rastros de “Mi hermanito preferido”, sino más bien cocinitas y muchísimos objetos de vidrio: frascos, jarros, botellas y tubitos finitos por los que corrían jugos espesos de colores haciendo burbujas (eso me tranquilizó porque jamás oí decir que los objetos de vidrio fuesen particularmente nefastos para los **perros**).

Del otro lado de las mesadas estaban las estanterías donde en una primero ojeada, logró identificar: un manojo de alcauciles (la tía Dora los preparaba deliciosos con salsa de hongos), dos ratoncitos enjaulados, un pedazo de carne bastante abombada (que podía ser muy bien un hígado de vaca) y una maceta con ¡berro! (para mí un gran deleite). Además de ver, oí, y lo que oí me hizo saber que esta vez no había caído en el desodorizado reino de plástico. Todo lo contrario. En el laboratorio, gracias al cielo, abundaba el barro podrido.

Sólo que no nos habían traído a ese sitio a la Negrita y a mí para disfrutar de ciertos olores emocionantes sino mas bien para colaborar activamente en la producción de lo que ahí se producía, es decir belleza eterna que, como quedaría luego demostrado, puede ser tanto o más arduo que fabricar un prototipo.

Con respecto a los técnicos, las diferencias también estaban a mi favor: eran tres y no cuatro como en el maldito galpón, y ya se sabe que en materia de humanos, cuanto menos mejor; son una especie que cae pesada si se la consume en grandes dosis. Dos hombres, uno peludo y otro sin pelo, y una mujer con cara de pequinés pero con anteojos, que en un primer momento me pareció bastante razonable, ya que por lo menos se tomó el trabajo de acercarnos un tacho con agua y hasta de darnos una rascadita de **orejas**. Me dique que tal vez fuera un contrato soportable, aunque había un detalle que no podía menos que resultarme alarmante: los habitantes de ese laboratorio no se habían preocupado por ponernos nombres; éramos el macho y la hembra, así a secas.

A la Negrita la perdí antes de terminar de encontrarla. Se la llevaron directo al “departamento de champúes, tinturas y enjuagues”, según oí decir. A mí me tenían reservado, parece ser, otro destino; me quedaría allí mismo en compañía de los alcauciles, los hígados de vaca, los ratones y los berros, para ensayar las cápsulas del destiempo, que en un primer momento creí que servirían para controlar la lluvia, pero que según pude deducir

luego, mas bien eran capaces de regresarme a mis primitivas épocas de cazador de tetas.

Me alojaron en un depósito, en una jaula decididamente incómoda, que tuvieron el mas gusto de apilar encima de otra donde había un pajarraco con un pico que habría despertado la envidia de las urracas del ombú y que no encontró mejor diversión que meterlo por entre las rejas de su jaula para pincharme las patas cuando estaba de pié, o alguna otra zona aún mas humillante cuando me echaba.

Ese primer día y dada la escasa iluminación del terreno, sólo logré identificar al pajarraco ese y a una familia de ratones gordos, sin cola, que vivían al lado y se pasaron la noche chillando como enloquecidos. Me dormí pensando que volvía a ser prisionero y que lo que me convenía era aguantar y mantenerme alerta hasta que algún descuido me permitiese recuperar la libertad perdida.

Estaba ya casi dormido, aprovechando que mi vecino de abajo se entretenía picoteando las rejas de su jaula en lugar de mi trasero, cuando en medio de esa noche carcelaria, pero olorosa al menos, oí un cloc cloc y luego otro cloc más que venían de otra habitación lejana que me hicieron recordar ciertas escenas inolvidables de mi primera adolescencia.

Al día siguiente comenzaron las experiencias.

Al pajarraco y a mí nos tocó compartir la misma mesada y pude notar, con gran alegría, que sería él, mi torturador nocturno, y no yo, el primero en soportar las cápsulas del destiempo.

A la primera ojeada me di cuenta de que las cápsulas eran, si no más, al menos tan peligrosas como algunos prototipos. Más aún: era evidente que lo que contenían era peligro puro en forma líquida, espeso y oloroso, porque los técnicos se ponían guantes antes de agarrarlas, y porque no las desenroscaban como a cualquier frasquito inofensivo, sino que directamente las degollaban con un serrucho.

El pajarraco los miraba sin manifestar demasiado temor, con los que quedó confirmada mi teoría de que se trataba de un perfecto imbécil.

Lo untaron de la cabeza a las patas con ese menjunje, que, aún para alguien como yo que gusta de las emociones fuertes, resultaba excesivamente nauseabundo. Al principio pareció que nada importante iba a suceder, sólo que las plumas le quedaron brillosas y pegadas al pellejo. Pero al rato el bicho se transformó en un auténtico número de circo: empezó a echar plumas nuevas, cientos de plumas, chicas, grandes, de distintos tonos; la cabeza sobre todo, que era donde le había caído todo el chorro del jugo, parecía una fuente de plumitas y plumones; le salían a chorros y después se le caían. Y meta emplumar y desemplumar, hasta que la mesada entera se llenó de plumas y yo mismo, que estaba al lado, esperando mi turno, empecé a parecerme a una gallina.

El pobre pajarraco, al que ya le estaba disculpando yo las molestias y hasta empezaba a tomarle simpatía, primero empezó a chillar, después a croar como una rana, y por fin a piar como un pollito; tenía los ojos redondos

como naranjas y el pico abierto, y al rato cayó redondo sobre la mesada, duro, con las patas estiradas.

Se ve que la triste **historia** del pajarraco terminó por conmover a mis técnicos porque discutieron algo entre ellos y me volvieron a meter en mi jaula.

Al rato me trajeron un hueso de lo mejor, realmente apetitoso, que devoré con gran alegría, aunque admito que también con cierto dejo de sospecha: pensaba si no sería,

como el azúcar de que daba la mujer de rojo, el pago (anticipado en este caso) por algún número de circo.

Pero decidí no pensar demasiado en mi desgracia y me concentré en mi hueso; me dije que las alegrías eran livianas y efímeras como las plumas y que lo mejor era atraparlas al vuelo sin demora. En el momento en que metía el colmillo en el caracú y sorbía la deliciosa médula, volví a escuchar el lejano cloc cloc que me hacía más llevaderas las **desventuras**.

CAPÍTULO XIV.

Donde sufro lo mío pero después tengo mi recompensa.

Al día siguiente me tocó a mí ocupar el sitio de honor en la mesada. Habían barrido las plumas pero no por eso habían logrado hacer desaparecer el recuerdo de ese pobre compañero de desgracia que no sabía decir si murió emplumado o desplumado.

Tal como me lo veía venir, eligieron el rasgo más notable en mi anatomía: mis **orejas**. Pero fueron algo más tacaños conmigo: no vaciaron en ellas sino media cápsula y es posible que esa escasez me haya salvado la vida. Porque lo que me sucedió a mí en ese momento es tan difícil de describir como el propio nacimiento.

Mis **orejas**, algo más pesadas que de costumbre en un primer momento, porque el unguento era pegajoso y denso, empezaron a vivir sus propias **aventuras**, independizadas de mí y sin embargo perfectamente adheridas a mi cabeza, según su costumbre. Vibraban, temblaban, cosquilleaban, se sacudían, ondeaban, se enroscaban como caracoles y aleteaban como pajaritos. Y para colmo no parecían llevarse bien entre ellas, cosa que me sorprendió mucho ya que siempre las había tenido por buenas compañeras. Aunque decir que no se llevaban bien es poco, en realidad parecían disfrutar con contrariarse: la derecha no estaba dispuesta a seguir ala izquierda, y a la izquierda se la veía muy decidida a demostrar que la derecha no le hacía la menor falta.

Comenzó entonces un baile orejil insoportable del que yo sólo podía ser un pobre y sufrido espectador.

Cuando se alzaban al aire locamente, con un gesto que jamás les habría obligado yo a hacer en sus épocas de humildad y obediencia, me dejaban completamente desguarnecidos los oídos, por los que se colaban ráfagas frías y secas, mas desagradables aún que las que me había obligado a tolerar el portaorejas. Pero no acababa de desear yo, con lágrimas en los ojos, que volviesen a descender a sus posiciones naturales, cuando bajaban de golpe y en forma de cachetazo, se me aplastaban contra la cabeza y después avanzaban por el morro hasta asfixiarme. Para colmo, solía suceder que mientras una de ellas estaba ventilándose en las alturas, la otra se me aplastaba empecinadamente contra el oído hasta volverme sordo, con lo que yo no sabía qué desear, si que bajasen o que subiesen, porque no estaba acostumbrado a desear cosas diferentes para mis dos **orejas**.

Al rato, a la derecha se le ocurrió tironear hacia su lado: se estiró en toda su largura – que según pude observar de reojo, era considerablemente mayor de lo habitual- y me obligó a seguirla con mi cabeza. Pero la izquierda, que había resultado una oreja increíblemente caprichosa, hizo lo suyo, y empezó a tironearme en la dirección contraria. La cabeza se me bamboleaba de un lado a otro desenfrenadamente, Edmundo se me convirtió en una hamaca, y yo sentía que mi cogote estaba apunto de darse por vencido. En ese momento

me acordé –no sin cierta compasión, les aseguro- de aquella primera muñeca que degollé en la casa de las enruladitas, cuya cabeza, peinada a lo setter, si mal no recuerdo, quedó en su agonía colgada apenas de un hilo.

Sin embargo, el suplicio llegó a su fin. Mis **orejas**, tal vez agotadas por sus primeros avances por el mundo, terminaron por serenarse y regresar a casa; se durmieron, al parecer, y volvieron a colgar amablemente de sus antiguas perchas.

Yo también estaba exhausto, de modo que me permití echarme sobre la mesada y meter el morro entre las patas, diciéndome que, si mis partes empezaban a tener esas exigencias, iba a terminar por desarmarme como un rompecabezas.

Los técnicos seguían ahí a mi lado, anotando en una planilla vaya uno a saber qué señales. Me habría gustado complacerlos para que me dejaran en paz de una vez por todas, pero ni siquiera sabía, en esa oportunidad, qué era lo que esperaban de mí y de mis **orejas**.

Respiré hondo, me dispuse a aguantar y me quedé mirando cómo uno de ellos colocaba los alcauciles en una taza gigante y después los golpeaban ferozmente con un martillo. Me dije entonces que había destinos peores que el mío y que, si bien a los **perros** nos iba de regular para abajo en el mundo de los humanos, al menos nos iba mucho mejor que a los alcauciles.

Al parecer, la sesión del día había concluido, porque me volvieron a meter en la jaula y me llevaron rumbo al depósito que hacía las veces de hogar cárcel.

Y fue entonces cuando mi corazón pegó tamaño brinco que temí que también a él se le diera por lanzarse a la vida independiente. Por el pasillo que conducía al depósito de jaulas comenzó a flotar ese olor inconfundible que me borraba de golpe todas las tristezas. Era la negrita, no podía confundirme.

Pero miré bien, y lo que vi me dejó desconcertado: de la otra punta del pasillo y en dirección adonde estábamos yo y mi portador, la que avanzaba era una jaula con un bulto flaco, mas bien claro y sin pelos, que tal vez fuera un congénere, pero que no podía de ninguna manera ser la Negrita. Y sin embargo, ese olor era claro: no mentía.

Me puse de pié, clavé los ojos. Sabía que mi ocasión de enterarme de la verdad era breve, que sólo podía durar lo que duraría el cruce por el pasillo entre los dos portadores y las dos jaulas. El olor se hizo mas fuerte, más seguro, me hacía tambalear el recuerdo. Clavé los ojos en la jaula hermana. Era la perra que iba adentro, no podía engañarme en eso, y tenía unos ojos, un gesto, una mirada, que tampoco me engañaban: era, tenía que ser, mi querida, la Negrita, la que me habían arrebatado un instante antes del amor. Pero iba tan cambiada la pobre, tan despojada, tan triste. Toda su cabellera hermosa,

esos mechones espesos y ondulados que le colgaban como lluvia sobre las patas habían desaparecido. Sólo quedaba el cuero, claro y tembloroso (hasta me pareció avergonzado), y con un mechón negro, apenas, sobre la cabeza. Tenía un ojo cerrado y una herida bastante visible en una de las **orejas**.

Le eché un ladrido; quise que supiera que la había conocido, que a pesar de todo, seguía siendo ella, ella y su olor, que tanta felicidad me prometían. Me miró también ella y movió la cola, y no se si fue ella o los alambres de las dos jaulas que al pasar se entrecocaron, pero me pareció oír algo así como un gemido.

Esa noche el depósito de jaulas volvió a unírnos. No me hacía falta la luz para saber que estaba conmigo, que por

alguna razón técnica que yo desconocía, había dejado de ser útil en el Departamento de Champúes, Tinturas y Enjuagues y había entrado a formar parte de nosotros, los del Destiempo. Nos separaban tres familias de ratones, dos culebras, un sapo y unos cuantos barriles llenos de un barro con aroma a verdín, pero igual, creo, estuvimos cerca.

Me acorté en mi jaula y descansé. Me sentí un poco más animado: sabía que tarde o temprano, llegaría la ocasión de liberarnos. Cerré los ojos. Me estremecí. Sentí que un temblor incontrolable me recorría el cuerpo y por un momento temí una nueva insubordinación de mis **orejas**. Pero no. Todo estaba en paz. Me quedé dormido.

CAPÍTULO XV.

Donde pierdo un sapo y recupero algo más que un recuerdo.

Al día siguiente, continuaron los ensayos. Los elegidos fuimos yo y el sapo. El sapo mucho más nervioso que yo, porque era su primera experiencia. Hinchaba el buche como un globo. Croaba. Saltaba de una punta a la otra de la jaula. Tosía. Sacaba la lengua buscando moscas inexistentes. Yo, en cambio, me mantenía tranquilo: había notado que en el Laboratorio de la belleza Eterna no quedaba demasiado espacio para la rebeldía; lo mejor era conservar la calma y aguardar que la calesita, en una de sus habituales volteretas, terminase por ayudarnos a zafar del encierro.

Todo el mundo sabe que los sapos se ponen insoportables cuando están inquietos, de modo que no me sorprende que los técnicos hayan terminado por irritarse con tantos saltitos y morisquetas. Opino que fue eso, precisamente la inquietud del sapo, lo que los decidió a elegirlo como primera víctima de sus experimentos. A mí me dejaron para después. Y eso me permitió asistir a uno de los espectáculos de circo más espléndidos que se pueda uno imaginar, aunque haya desembocado lamentablemente, como de costumbre, en una catástrofe.

El sapo sí que tuvo su dosis. Degollaron cinco (cinco!) cápsulas del destiempo y las volcaron en un gran frasco. Después agregaron otro líquido, más claro y un poco menos aceitoso, y revolviaron la mezcla con un palito. A continuación agregaron un sapo. Mi sapo. El sapo que, al menos mientras durase la mañana, estaba indisolublemente ligado a mi vida por compartir la misma mesada de la desdicha.

Y ahí empezó la función. El sapo se puso a chapotear – algo contento incluso, creo- en lo que tal vez recordaba como un charco. Pero enseguida comenzaron a sucederle cosas.

Para empezar, se le achicaron los ojos. Eso no me pareció mal en un primer momento porque los tenía, para mi gusto, demasiado grandes. Pero enseguida se le achicaron también las patas de adelante, y eso ya no me pareció tan bien: no creo que tener patas tan desaparejas pueda considerarse una ventaja. Supongo que el sapo tampoco estuvo de acuerdo con el acortamiento porque pareció ponerse muy nervioso y empezó a agitar sus manitos en el menjunje ese como si quisiese convencerlas de que volvieran a alargarse. Pero evidentemente ese método no le dio resultado, porque se siguieron achicando. Mucho, muchísimo se le achicaron. Tanto que de pronto lo miré bien y vi que ya no tenía manos. Y ahí fue cuando me di cuenta de que, para compensar, se le había estado alargando la cola.

Era fabuloso. Yo asistía a todos esos acontecimientos extraordinarios –que mi ubicación en primera fila me

permitían observar hasta en los menores detalles-, y me sentía realmente deslumbrado. Suponía que en cualquier momento iba a estallar la música de circo con sus platillos y sus trompetas. Recordé mis épocas de artista, cuando me paseaba por la pista en mi papel de perrito saludados y me dije que la mujer de rojo habría dado cualquier cosa por incluir a un sapo como éste en su espectáculo.

Para completar el número, al sapo se le borró del todo la sonrisa y se le empezaron a achicar las patas de atrás, y al rato ya parecía mucho más una especie de pescado gordo que un sapo. Y después un pescado sin ojos. Y después un gusano gordo, con cola en forma de piolín, que nadaba por ese mal del destiempo. Después ya ni gusano fue, de tan diminuto que estaba. Empezó a ponerse redondo, redondo, y cada vez más redondo y mas chiquito y más transparente. Y por fin desapareció, se hizo punto y después nada, apenas una onda que seguía agitando el menjunje del frasco.

Entonces ya no me pareció tan entretenido lo que estaba sucediendo. De pronto me sentí muy solo en el mármol de mi mesada: mi compañero de función me había abandonado; en el escenario ya no quedaba sino yo, el **perro**, y no quería imaginar siquiera la de cápsulas de destiempo que me tendrían reservadas.

Dejé de mirar el menjunje y miré a los técnicos: parecían entusiasmados. No digo que movieran en rabo, porque es algo que los humanos nunca habían sabido hacer como es debido, pero pegaban saltos y se golpeaban las manos.

De pronto, mientras yo me preguntaba si valdría la pena quedar sepultado para siempre en la nada del tiempo a cambio de volver a sentir por un instante la alegría de un cachorro prendido a la teta de su madre, siento que levantan la jaula, si siquiera tomar la precaución de colocarle la traba, y me devuelven a mi depósito, donde podría por fin sentarme a meditar y a planear cuanto antes nuestra huida.

La Negrita me ladró una bienvenida al pasar. Y yo también le ladré, aunque más me habría gustado olfatearla.

Al rato yo estaba descubriendo que la jaula, sin traba, podía llegar a abrirse si ponía en eso suficiente esmero y paciencia, cuando volví a oír ese cloc cloc otra vez, sólo que esta vez mucho más cercano, como si viniese del pasillo o de la zona del destiempo, y no de los fondos del edificio, como antes.

Casi enseguida oigo que abren la puerta del depósito y meten otra jaula (recuerdo que pensé: traerán otro sapo). Alguien dice: -Lo mandan del Departamento de Adelgazantes; ya no les sirve. Cierran la puerta otra vez. Quedamos en silencio. A oscuras. Olfateo ansioso el aire, pero sólo el olor

de la Negrita me llega, como siempre: intenso. Entonces se empieza a oír, primero suave y lento, después más agitado, melodioso, vibrante, definitivamente candombero, ese cloqueo, ese tableteo, ese retintín que había sido inconfundible para mí en una etapa de mi vida y que ahora, de pronto, después de tantas desdichas, volvía a ser mucho más que un recuerdo.

Ladré con entusiasmo, aullé casi. Del otro lado me respondió el ladrido de la Negrita, y al lado, casi encimado, el ladrido escueto y un poco ronco, que caracterizó siempre, a mi amigo el Huesos.

Me sentí mareado, con vértigo, nauseoso: la calesita había girado de repente hacia el otro lado. No podía explicarme nada. ¿Cómo había sobrevivido mi amigo a la cárcel en la jaula seca? ¿Quién lo había rescatado? ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Por qué volvía a entrechocar sus huesos? Tensé las **orejas** en un esfuerzo por entender la pirueta que nos había hecho la vida. El corazón me galopaba. El hocico me latía. Me temblaba el cogote. Ladré. Gemí. Me revolví en mi jaula.

Hasta que por fin me serené y pude sentir alegría. Y ya no me importó no entender nada: lo único importante, y lo único que sabía con certeza es que ahora éramos tres y no dos a liberarnos.